

Manuel Felipe Sierra

Gustavo Machado

1898 - 1983





Gustavo Machado

1898-1983

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

1.ª edición, Biblioteca Biográfica Venezolana, Vol. 45, Editorial *El Nacional*, Caracas, 2006.

© Manuel Felipe Sierra

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

Coral Pérez

Diagramación, diseño de portada e imagen de portada

Oliver Sánchez

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5382-6

Depósito legal: DC2023001505

Manuel Felipe Sierra
Gustavo Machado
1898-1983

ÍNDICE

Valle de oligarcas	9
Preso y conspirador	13
Postgrado en revoluciones	16
La escuela comunista	19
Moscú y Bruselas	22
La verdadera situación de Venezuela	25
El deslinde del PRV	29
Pelea de caudillos	32
Pocaterra en acción	35
Sandino y los “cristeros”	37
La toma de Curazao	40
La toma del Ámsterdam	43
En busca de la frontera	46
París y Bogotá	50
Victoria y derrota	53
Batalla en la calle	56
Nacen los partidos .	58
“Calma y cordura”	61
La Huelga Petrolera	63
Medina, Betancourt y Delgado	65

Colonia Cuauhtémoc	69
Esplendor y ocaso	72
Golpes y contragolpes	78
General antigolpista	84
Años de violencia	89
Un mandato precario	91
La insurrección armada	93
Cárcel y memorias	97
Un preso irreductible	101
Retorno al Congreso	103
Crítico y autocrítico	105
El hijo predilecto	109
Bibliografía	111

Valle de oligarcas

En la Caracas del entresiglo, las ventanas de las casas delataban el nivel social de sus dueños. La casa de una ventana indicaba penurias domésticas. La de dos ventanas, bienestar y progreso. Y la de tres o cuatro ventanas, privilegios y riqueza. Gustavo Machado Morales nace el 19 de julio de 1898 de Veroes a Santa Capilla en una casa de cinco ventanas. Es el tercer hijo del matrimonio entre Carlos Machado Romero y María Josefa Morales. Ambos pertenecen a las familias más adineradas del país. En esa ciudad coronada por la neblina de El Ávila, avenida al leve estrépito de las calesas y de un culto religioso por el *Manual de Urbanidad* de Carreño, transcurre la infancia de quien habría de ser uno de los más empecinados revolucionarios del siglo XX.

Meses antes de su nacimiento, Joaquín Crespo muere en el sitio de la Mata Carmelera. Cae así el último caudillo de la genealogía llanera y se abre un ciclo de reacomodos y tensiones. Un año después, Cipriano Castro llega a Caracas para establecer la larga hegemonía andina. En la Casa Amarilla, a pocos metros de los Machado Morales, el invasor victorioso instala su cuartel general. Cientos de hombres con un raro acento para los oídos de los pobladores, con ruanas y sombreros campesinos, acampan en la Plaza Bolívar. Al poco tiempo, la sociedad caraqueña se asombra con el lenguaje y los desvaríos de aquel personaje de baja estatura, gestos nerviosos, que parece hecho para la caricatura, y cuya afición al baile, al brandy y los prostíbulos lo convierten en conversación obligada en ventanas y esquinas. Comienza el gobierno restaurador del “mono bailómano”, como lo bautizara la irreverencia satírica de Rufino Blanco Fombona.

En 1901 retornan los viejos guerreros. Durante dos años, el “cuero seco”, que era la forma con que Guzmán Blanco se refería

al país, se levanta en armas. Los alzamientos incendian de nuevo el territorio nacional. Con el apoyo financiero de la *New York & Bermúdez Co.*, representada por el banquero Manuel Antonio Matos, el militarismo decimonónico se reagrupa y plantea un enfrentamiento crucial en La Victoria, a finales de 1902, con el nombre de “Revolución Libertadora”. El ejército castrista, bajo el mando de Juan Vicente Gómez, aplasta a los insurrectos. Luego remata la acción con el sometimiento de Nicolás Rolando, en Ciudad Bolívar en 1903. El proyecto de los andinos tiene despejado el camino para una segura consolidación. Al mismo tiempo, Gómez deja de ser un astuto negociante de ganado para convertirse en una figura decisiva en la política de los años futuros.

En diciembre de ese año, las escuadras de Alemania e Inglaterra llegan a las radas de La Guaira y Puerto Cabello para reclamar compulsivamente el pago de la deuda externa. Se produce la reacción indignada del pueblo caraqueño que apedrea las casas de alemanes e ingleses y de sus descendientes. José García de La Concha cuenta que “don Juan Tovar y Toro tenía en la esquina de Salas una botica con el nombre de Botica Alemana”, pero ese día al ver el zaperoco tomó una escalera y una brocha y un minuto más tarde se podía leer “Botica de Salas”. Añade el cronista: “todos los hombres, mujeres y muchachos se ponían en la solapa o en lugar visible una cinta tricolor, y eran desfiles interminables portando el pabellón nacional y cantando el Gloria al Bravo Pueblo”. Castro lee la memorable proclama redactada por Eloy G. González contra “la planta insolente del extranjero que ha profanado el sagrado suelo de la patria”.

En 1908, Castro marcha a Berlín por urgencias de salud y acusado por las intrigas palaciegas. Gómez asume la Presidencia de la República. Nuevamente hay violencia en Caracas y otras ciudades. El niño Machado presencia la destrucción del diario *El Constitucional*, vocero del oficialismo, en la esquina de El Conde. En los saqueos muere el estudiante Vicente Marcano. Gómez se reconcilia con los

derrotados en La Victoria y designa un Consejo de Gobierno integrado por los más temibles enemigos de Castro. Se abre un paréntesis de entusiasmo nacional. Queda claro el inmenso rechazo reprimido que existía contra el gobierno de la restauración. Lo explica Manuel Caballero: “en la unanimidad de aquel diciembre tan revuelto, todo el mundo lanzaba sus anzuelos: los andinos ‘sesenteros’ y quienes se unieron después; los gomecistas, pero también los castristas. Los sobrevivientes de los partidos históricos y los aspirantes a consejeros privilegiados, si no visires. En todos ellos, en contra de ellos, delante o detrás, los aprovechadores de toda situación, la resaca de la picaresca política”. Machado nutre sus pupilas y la memoria con las escenas de aquellos días tormentosos. Ya estudia en el Colegio Católico Alemán. De esos años gustaba refrescar lo ocurrido en un desfile escolar de húsares presidido por Castro. Al terminar la celebración, Doña Zoila repartió helados y golosinas a los niños en Miraflores. Uno de ellos se negó a comer porque su padre estaba preso. Doña Zoila le pide a su esposo la libertad del detenido y este la concede. El preso político era el doctor y general José María Ortega Martínez. Machado comentaba: “Gómez nunca hubiera ofrecido helados en Miraflores”. Años después, habría de encontrarse con Ortega en las conspiraciones y vicisitudes del exilio.

El médico Luis Razetti le diagnostica al joven Machado una dolencia renal. Se le recomienda temperar en Macuto. Comparte el tratamiento con escapadas para jugar béisbol. Batea y corre las bases en “caimaneras” en Punta de Mulatos con los obreros portuarios y con los marinos de los buques de guerra estadounidenses *Desmoines*, *Dolphin* y *Maine*, que realizaban una “visita de cortesía” al puerto de La Guaira con el propósito de apuntalar lo que habría de ser el férreo despotismo de Juan Vicente Gómez. Continúa sus estudios en el Colegio Nacional de Varones, que dirige Luis Espelozín, y recibe clases de Rómulo Gallegos. Ya en esa época leía con interés a José Enrique Rodó y se declaraba arialista y, por supuesto,

antiimperialista. Era comprensible que su temprana sensibilidad política rechazara las intervenciones norteamericanas en México, Colombia, Cuba y Puerto Rico, y el apoyo que ofrecía a los planes de perpetuación en el poder del nuevo dictador.

En 1912 es clausurada la Universidad Central de Venezuela. Brota la rebeldía estudiantil. Machado participa en la elaboración y difusión de hojas volantes y en la distribución de los periódicos *El Escalpelo* y *El Republicano*. En 1914 es orador de orden en La Victoria. Se clausura la Asociación General de Estudiantes y junto a Alfredo Damirón y Enrique Tejera suscribe una categórica declaración de condena. Ya había denunciado los planes continuistas de Gómez que desvanecían las expectativas creadas con la salida de Castro. Más de una veintena de muchachos de la oligarquía caraqueña enfrentan la persecución policial. Varios de ellos abandonan el país. Otros, sin proponérselo, enfrentan las tribulaciones de la clandestinidad. El 14 de mayo de 1914, Machado es detenido en la Plaza Bolívar mientras escucha la ópera *Madame Butterfly*. Entra entonces en el infierno de La Rotunda.

Preso y conspirador

En 1974, en la revista *Bohemia*, Machado cuenta a Federico de Castro sus primeras horas en los territorios del Dante:

Llegamos a media tarde pero era tan oscuro el salón de la recepción que lo medio iluminaba uno de esos bombillitos de 25 vatios que se usaban antes. Ahí estaban, en calzoncillos, sentados sobre latas de aceite vacías (para ironías, el aceite era marca “Martí”) el doctor Casimiro Vegas, Arévalo González, el general Juan Úslar y el doctor Néstor Luis Pérez. Todos esperaban su traslado al calabozo para serles puestos los grillos correspondientes, pues en La Rotunda como todas las cárceles gomeras, lo primero que se hacía era poner al preso en interiores para facilitar el remache de los grillos, “chiquitones”, si eran de 20 a 40 libras o “lecuneros”, si eran de 60, 70 u 80 libras. El preso no se podía poner de nuevo los pantalones y vivía en calzoncillos y camisa por el resto de su condena. Así viví catorce meses. Cumplí los 16 años en La Rotunda, durmiendo en el cemento roto del piso, pues la tabla de madera incrustada en la pared del fondo, como a un metro del suelo, le tocaba al compañero de celda que siempre era mayor que yo. En La Rotunda no había esteras, ni cobijas, solo el suelo pelado.

Amplía el relato:

Lo que más me impresionó fue encontrar, al llegar, diecisiete locos a los que los cabos de presos metían a escobazos y vergajazos en las celdas. Eran presos políticos, locos por las torturas que les habían aplicado para que denunciaran y delataran. Entre ellos recuerdo al poeta marabino Emiliano Hernández, cuya locura fue haber inventado un aparato para leer el pensamiento; el capitán Ochoa, que decía que un palomo, a media noche, le traía a su celda, informes de cuanto ocurría en Miraflores; otro, de apellido Freites, siempre estaba sentado en la tabla del calabozo, pues decía que cuando salía de su protección el general Gómez le leía los pensamientos.

En la cárcel comparte con viejos caudillos, banqueros en desgracia y luchadores anónimos condenados a morir en los calabozos. Traba

amistad con Carlos León, Gobernador de Caracas durante la euforia postcastrista y con quien habría de coincidir en luchas y aventuras hasta la muerte del dictador. Gómez arrecia la represión y su gobierno se fortalece con la profesionalización del Ejército, el comienzo de la explotación petrolera y el abierto apoyo de los Estados Unidos. Sin embargo, persisten las sublevaciones. Horacio Ducharne se alza en Oriente. Toma Maturín y el Delta del Orinoco. En 1915, Emilio Arévalo Cedeño, a raíz de una huelga de telegrafistas, emprende sus campañas en el llano y la frontera colombiana. La falta de acuerdo entre los caudillos en el exilio impide que los movimientos insurreccionales cuenten con el apoyo indispensable. Los generales “Mocho” Hernández y Ortega Martínez frenan la cohesión del antigomecismo para dar rienda suelta a sus ambiciones presidenciales.

Machado ya asume plenamente su compromiso como luchador político. Al abandonar la cárcel, comparte su afición por el béisbol como jugador estrella del club “Los Samanes” con los contactos con el movimiento estudiantil y los pocos conspiradores que actuaban en un marco de implacable persecución. Participa en la conspiración de 1918, la primera acción de envergadura en los cuarteles contra el gomecismo. El grupo de militares lo integraba Félix Andrade Mora, Manuel María Aponte, Julio Hernández, Carlos Parra Entrena, Luis Betancourt Grillet, Carlos Mendoza, Argimiro Arellano, Jorge Ruiz, J. L. Aranguren, Arturo Lara y Luis Rafael Pimentel. Cuenta Domingo Alberto Rangel: “ellos entraron en relación con Pedro Manuel Ruiz, José Manuel Juliac, Aquiles Iturbe, Pablo Giuseppe Monagas, Francisco Pimentel y Torres Abandero. El golpe militar debía iniciarse en el Cuartel San Carlos cuando el doctor Aquiles Iturbe, desde su casa cercana a ese establecimiento militar, lanzara al aire unos cohetes. Pero el doctor Iturbe se excedió en tragos aquella noche pues la conspiración debía estallar en la madrugada y olvidó los cohetes premonitorios. La conspiración estaba ya delatada por el teniente Agustín Piñero”. Precisa Rangel que: “El cohete de

medianoche que suena por causas inesperadas, el delator emboscado, el plan que por depender de circunstancias susceptibles de no darse, son elementos reiterativos que vienen frustrando conspiraciones desde aquella de 1918, pionera desgraciada de otras muchas que han tenido desenlaces menos sombríos. Porque el terror gomecista no llegó a marcar diapasones más trágicos que en aquellos días cuando descubierta y frustrada la conjura apareció la cólera de Atila en las ergástulas”.

Luego de permanecer en numerosos escondites y sometido a la presión de la policía, Machado planea junto a Pedro Zuloaga la salida hacia Curazao.

Postgrado en revoluciones

En junio de 1919 Machado inicia su primer exilio en compañía de Pedro Zuloaga. Ese día, en la estación del ferrocarril Caracas-La Guaira, bajan del vagón en Maiquetía dos jóvenes con bragas de mecánico y portando cajas de herramientas. En caso de ser abordados habían convenido en decir que se dirigían a Cabo Blanco a reparar el automóvil de un alto funcionario. Contratan un chofer y se dirigen hacia el leprocomio, pero al instante le indican al conductor un cambio de rumbo. En una playa desierta se mece una lancha rústica y de regular tamaño. Después de una infernal e interminable navegación, con mareos y estragos estomacales, llegan a Curazao. El viaje había costado doce mil bolívares. En Willemstad sobornan a funcionarios y obtienen pasaporte para seguir a Estados Unidos. Machado cumple los veintiún años en la isla. En la pensión donde se alojan reciben la visita de Hilario Montenegro, empeñado en la tarea de organizar a los obreros de la refinería petrolera y a los conspiradores antigomecistas. Montenegro le pide a Machado que se quede en Curazao, pero este ya está comprometido y dispuesto a seguir los estudios universitarios. Con la mayoría de edad llega a Nueva York junto a Zuloaga. Recorren avenidas, se confunden en las marejadas humanas de Broadway y visitan las fábricas y los barrios proletarios. Para sobrevivir, Machado trabaja por un tiempo como empleado en una tenería. Decide marchar a Boston para formalizar la carrera de Derecho. No obstante, para hacerlo debía esperar varios meses. En Cambridge participa en conferencias y talleres y se interesa por estudiar a fondo la revolución mexicana en torno a dos temas igualmente clave en Venezuela: el problema agrario y la explotación petrolera. Conoce a Pedro Albizu Campos, el mártir independentista portorriqueño que luego sufriría una larga prisión en

las cárceles de ese país; y a Jorge Mañach, escritor y político cubano, quien décadas después escribiría junto con Fidel Castro *La historia me absolverá*, el documento fundacional de la revolución cubana.

Al año siguiente viaja a Francia. A bordo del *De Grasse*, de la flota trasatlántica francesa, cruza el Atlántico. Encuentra una París con la huella todavía viva de la Primera Guerra Mundial. Es una ciudad oscura, con una población que no terminaba de reponerse aún de la pesadilla bélica. Se inscribe en La Sorbona en la carrera de leyes. Según Gabriel García Márquez, “en París ocupó una pieza en el 88, Boulevard Port Royal, a pocas cuadras del Montparnasse, donde se emborrachaba Ernest Hemingway. Se matriculó en la Facultad de Derecho, donde el profesor de economía política sustentaba alegremente un sofisma: “En la Unión Soviética –decía– no está abolida la propiedad, puesto que existe la propiedad colectiva”. Machado quiso saber cómo era la cosa y empezó a estudiar el marxismo y a comprar *L'Humanité*, el periódico del partido comunista francés”.

Para el rebelde estudiante venezolano se abrían los espacios de un fructífero aprendizaje no solo académico. El general J. M. Ortega Martínez y Alberto Smith tratan de convencerlo para la expedición del vapor *Odin*. Machado no muestra mayor entusiasmo. Los vientos de la revolución bolchevique estremecen el mapa europeo. Los consejos de obreros, campesinos y soldados que se constituyen en Alemania anuncian la posibilidad de la insurgencia en todo el continente. El regreso del Partido Socialista de Jean Jaurés se divide entre socialistas y comunistas, impactados por el envión soviético. El peruano José Carlos Mariátegui propone un marxismo adaptado a las circunstancias de América Latina. Habla que de él surgirá el “hombre matinal”, lo que años después se traduciría en el “hombre nuevo” del Ché Guevara. Las hordas de Mussolini abren una incógnita sobre el futuro de Italia. En los periódicos y emisoras circulan noticias que atizan el fervor revolucionario. En los cafetines de La Sorbona los estudiantes discuten la experiencia rusa, intercambian

libros y pontifican sobre estrategias subversivas. Cuenta Domingo Alberto Rangel: “Una noche, Gustavo Machado, dejando sus salones de clases y sus tertulias de café, va a ver o a oír a la Revolución Rusa. Habla ella en la Mutualité. Y lo hace en el verbo de León Trotsky. Se celebra en París un Congreso Antiimperialista Mundial y el ruso ha sido invitado lo mismo que Gandhi, quien también se apersona en la Ville Lumiere. A Trotsky le toca hablar en la Mutualité y hay impaciencia por oírlo, que es como oír a la Revolución Rusa. Gustavo se ubica cerca del orador porque no quiere perder una sola palabra”.

Aquel joven que había alargado los pantalones en la cárcel, que fue tentado temprano por el americanismo de Rodó; que asumía como propia la deuda por saldar de las intervenciones en México o el desmembramiento de Colombia con el Canal de Panamá, y la ocupación de Puerto Rico y Cuba por Estados Unidos, y que había visto a distancia de mano los barcos estadounidenses que en La Guaira apuntaban a Gómez, ahora se convencía de que no solo era un imperativo la lucha contra las potencias imperialistas sino que también era posible producir transformaciones radicales en el seno de los propios países. En 1923, con su título de abogado, Machado abandona París. Lleva la profesión universitaria que prometió a su familia en Caracas, la costumbre de usar la corbata de lazo y también un invalorable postgrado en revoluciones.

La escuela comunista

Regresa en 1924 a los Estados Unidos. En Nueva York se topa con los opositores antigomecistas, entre ellos con Carlos León. Se daban los toques finales para la invasión de *El Angelita*, el nombre de un viejo barco anclado en los muelles de Brooklyn. La expedición encabezada por los generales Leopoldo Baptista, Régulo Olivares y J. M. Ortega Martínez, a duras penas pudo llegar a La Habana por las condiciones de la nave y el extravío del armamento. Machado se propone México como su próximo destino, pero las revueltas en Veracruz contra el gobierno de Obregón lo detienen en Cuba. En La Habana la estancia sería prolongada. Ejerce la profesión de abogado. Su hermano Guillermo lo dota de una biblioteca jurídica, la cual perdería luego en los sobresaltos del destierro. A través de gestiones de este se vincula con la firma de abogados Mallet-Prevost, la misma que participa en el reclamo de Venezuela sobre el territorio Esequibo. Finalmente es contratado por la *Cuba Cañe Sugar Corp.*, asociada de la *Sullivan & Cronwell*, empresa de la cual es accionista el célebre Secretario de Estado de los años cincuenta, John Foster Dulles. Alberto Smith, compañero del exilio parisino, lo recomienda a Mr. Porter, Presidente de la empresa. Devenga cincuenta dólares por mes, una cantidad que le cubre apenas comida, pensión y el lavado de ropa. Un día, Mr. Porter se marcha sorpresivamente y es reemplazado por Mr. Grosby, un hombre silencioso y huraño. En cierta ocasión, los empleados de la compañía le formulan una solicitud de aguinaldo escrita en latín. El gerente se acerca a Machado preguntándole por qué había permitido que no se escribiera en castellano. Sonriente, Machado le contesta: “el idioma es lo de menos, lo que importa, Mr. Grosby, es el aguinaldo”. El jefe se enfurece y para someterlo a una difícil prueba le encomienda que en ocho horas presente un

informe que de otra manera exigía varios días de estudio. Esa misma tarde el documento fue colocado sobre el escritorio de Mr. Grosby. A los minutos, resignado, Mr. Grosby sonrió. Al día siguiente, el sueldo de Machado se incrementó a trescientos dólares mensuales.

Plinio Apuleyo Mendoza recrea la época:

Ocupaba un viejo apartamento de estilo español en Teniente Rey 22, cuya terraza daba sobre las azoteas de los laboratorios farmacéuticos. En los calurosos domingos, en tomo a una botella de ron y una garrafa de agua fría, se sentaba con otros amigos para oír recitar a Andrés Bello. Hacía frecuentes viajes por la isla enviado por la compañía azucarera; horas y más horas en tren a través de plantaciones incendiadas por el sol, respirando el viento caliente con olores de humo y de caña picada. Le impedían hablar con los obreros que dormían en los galpones de los centrales azucareros porque empezaban a sospechar de sus simpatías comunistas. Militaba en el recién fundado Partido Comunista, pero durante el día era un abogado tranquilo que trabajaba en mangas de camisa en las oficinas de la *Cuba Cane Sugar Corporation*.

Si los estudios en París lo convencieron de la militancia comunista, los años en La Habana marcaron su verdadera formación como dirigente. En Cuba se vivía un clima de intensas protestas contra el Presidente Alfredo Zayas y después contra Gerardo Machado. Las acciones eran encabezadas por un movimiento estudiantil fortalecido en las jornadas por la reforma universitaria de 1923. El Congreso de Estudiantes Revolucionarios, impulsado por Julio Antonio Mella, había tenido una notable repercusión en el continente. Mella era un líder nato, carismático y dispuesto a enfrentar los más exigentes desafíos. De él diría Machado años después: “tenía la alegría de vivir, era deportista, aventurero, gran orador, me sentía identificado con su fogosidad”. Había fundado la Universidad Popular José Martí siguiendo la experiencia del Centro de Estudios Superiores promovido por José Carlos Mariátegui en Perú. Si bien durante un tiempo mostró inclinaciones por las tesis de Haya de la Torre, fue decantando su compromiso con el marxismo-leninismo. En Cuba funcionaban entonces varios movimientos identificados con la

revolución soviética. El más importante de ellos, el Partido Obrero Socialista, fue fundado en 1905 por Carlos Baliño, amigo de Martí. Eran en lo fundamental organizaciones de base obrera influidas por las corrientes anarquistas españolas. La incorporación de grupos estudiantiles encabezados por Mella estimulaba la necesidad de la unificación de estas fuerzas. Con esa misión llega a La Habana el dirigente comunista mexicano Enrique Flores Magón, quien se da a la tarea de incorporar a los jóvenes estudiantes a praxis propias de la organización leninista: constitución de “células”, formación de cuadros y todas las modalidades de la propaganda y la agitación.

En julio de 1925 se funda la Liga Antiimperialista de las Américas, un frente de solidaridad mundial de la Tercera Internacional. Salvador de la Plaza es elegido como Presidente y Mella ocupa la Secretaría General. En el acto de la fundación habla Rafael de Nogales Méndez junto a Lucio de la Peña. Al núcleo inicial pertenecen los hermanos Machado, Carlos Aponte, Bartolomé Ferrer, Alberto Ravell y Francisco Laguado Jaimes. Escriben en *Venezuela Libre*, que dirige Laguado, quien tiempo después sería echado a la voracidad de los tiburones por los sicarios del dictador. Se reúnen con compañeros latinoamericanos en memorables tertulias en la casa del pintor venezolano Luis López Méndez, conocida como “La Covacha Roja” en El Empedrado No.17. La Liga establece sus primeras demandas: cese de la ocupación norteamericana de Guantánamo; internacionalización del Canal de Panamá y retiro de las tropas estadounidenses de Puerto Rico y Filipinas.

En agosto se constituye el Partido Comunista de Cuba y José Miguel Pérez es designado como Secretario General. A los quince días es detenido y deportado a España. Su cargo lo ocupa el pintor José Peña Vilaboa. Ese año, Gerardo Machado devela sus simpatías por el fascismo y se inicia una brutal represión contra los partidos políticos. Mella se declara en huelga de hambre y finalmente viaja a México. Los venezolanos se ven obligados a proseguir sus andanzas

como desterrados impenitentes. Durante los días en La Habana, Machado y de la Plaza marcan distancia con los conspiradores antigomecistas que planteaban como única salida inmediata la sustitución de Gómez. El General Emilio Arévalo Cedeño cuenta en esa época sus hazañas en los llanos venezolanos en largas entrevistas en la prensa cubana coordinadas por Nicolás Hernández (hijo de José Manuel “Mocho” Hernández) quien, por cierto, lleva a Machado y de la Plaza a la logia Unión Latina, donde se inician en la masonería, la cual abandonan a los pocos meses.

MOSCÚ Y BRUSELAS

Machado se traslada a México. En Cuba se aplica el plan continuista del gobernante, ya alucinado por la figura de Mussolini. En la capital mexicana comparte habitación con el desterrado Mella. La Liga Antiimperialista se activa con la situación cubana que es dramáticamente reflejada en las ediciones de *Venezuela Libre*. Machado es enviado por el Partido Comunista a Moscú. En el hotel Lux permanece dos meses. No era el mejor año para la revolución, entonces a caballo entre el país feudal y la ilusión bolchevique. Escribe Apuleyo Mendoza:

...de la primera quedaban los mujiks, ebrios y barbudos, vestidos con largas chaquetas hombres andrajosos que llevaban trapos en los pies por falta de zapatos; y tristes prostitutas nocturnas envueltas en chales negros; pero había también los jóvenes obreros que pasaban cantando en coro con los fusiles al hombro; y los jóvenes comunistas que jugueteaban a los popes borrachos en las calles y pegaban afiches en las paredes contra el alcoholismo y contra la prostitución. Todo un mundo de Tolstoi caminando entre apretadas casas de madera.

Machado es recibido por los jefes del partido a quienes dibuja el oscuro panorama de las naciones latinoamericanas. Para todo

revolucionario caribeño de aquella época, la invasión era la forma privilegiada de combate. Para los severos dirigentes moscovitas, América Latina resultaba un continente lejano y desconocido. Su prioridad era consolidar la revolución en un solo país, de regreso de la “revolución permanente” que idealizaba Trotsky. Más allá de la solidaridad política que ya existía, no había que esperar ningún tipo de ayuda material. Machado, sin embargo, cuenta las peripecias de los comunistas latinoamericanos y la necesidad de que encabezaran las luchas contra las tiranías. Por supuesto, solicita auxilio para una expedición a Venezuela y, como era lógico, la entrega de un barco. Para la dirigencia del PCUS se trataba de una estrategia incomprendible que solo podía asimilarse a un denostado “garibaldismo”.

Regresa a México frustrado por no encontrar receptividad para su propuesta, pero, al mismo tiempo, definitivamente convencido de la ideología marxista-leninista. París fue la teoría; La Habana el compromiso militante, y ahora había tenido el privilegio de peregrinar hasta la meca de la nueva religión. Junto a su hermano Eduardo, de la Plaza y Mella se dedican a fortalecer el periódico *El Libertador*. Miguel Azpúrua E. ofrece una lista de las plumas que colaboraron en aquel vocero que se convirtió en tribuna para la reflexión ideológica y filosófica: José Vasconcelos, Hernán Laborde, José Frías, Baltasar Dromundo, mexicanos; Rubén Martínez Villena, Julio A. Mella, los hermanos Gustavo y Feliciano Aldereguia, José Castillo, cubanos; los puertorriqueños Pedro Albizu Campos, Ramón Mayoral y Félix Lugo; los peruanos José Carlos Mariátegui, Haya de La Torre, Luis Bustamante, Esteban Pavletich y Jacobo Hurwitz; los chilenos Humberto Larenas y Meza Fuentes; Froylán Turcios, Moisés Castro y Diógenes de la Rosa, centroamericanos; los europeos Henri Barbusse, Bertrand Russell, Jiménez de Asúa, León Trotsky; los venezolanos Gustavo y Eduardo Machado, Salvador de la Plaza, Pío Tamayo, José Rafael Pocaterra, Rufino Blanco Fombona, Alonso Ramírez Astier, Miguel Zúñiga Cisneros, Humberto Tejera y Ricardo Martínez.

En febrero de 1926 se realiza el Congreso contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, en Bruselas. Machado suple a de la Plaza y viaja junto a Mella en representación de las Américas. La reunión es presidida por Henry Barbusse y a ella asisten figuras mundiales de la talla de Nehru, Landsbury, Pickens, Sun Yat-sen, Fournier, Katayama, José Vasconcelos, Eudósio Ravines y Haya de la Torre. La declaración final y sus conclusiones desatan un histórico debate. Haya de La Torre se niega a suscribirla y enfatiza su planteamiento de una revolución latinoamericana que consulte las particularidades de cada nación. Mella y Machado sostienen la urgencia de una definición marxista-leninista. Se produce el deslinde entre los partidos comunistas y las propuestas del APRA peruano, que luego sirvieron de fuente nutricia a la socialdemocracia latinoamericana. El tiempo le dio la razón a Haya de la Torre que en aquel momento representaba una postura minoritaria ante una mayoría galvanizada por la onda expansiva del comunismo soviético. En el futuro, los partidos comunistas en América Latina derivaron en referencias minoritarias y los herederos del aprismo conformaron los grandes partidos socialistas, democráticos y de izquierda que han gobernado de manera alternativa en casi todos los países del continente, abriendo paso al establecimiento del sistema democrático y la modernización de sus economías.

La verdadera situación de Venezuela

En 1925, junto a Salvador de la Plaza, Machado escribe en La Habana el documento *La verdadera situación de Venezuela*, editado finalmente en 1929 por el PRV. Es sin duda la investigación más lúcida sobre las condiciones económicas y sociales del gomecismo. Si bien existe coincidencia entre los historiadores en que los documentos del Plan de Barranquilla de 1931 (Betancourt, Leoni, Rodríguez, Picón Salas, Montilla) establecen las bases de la futura sociedad democrática, y que *Hacia la democracia*, de Carlos Irazábal, en 1939, es la interpretación marxista de la historia de mayor aliento escrita hasta entonces, el trabajo que elaboran al alimón Machado y de la Plaza no solo constituye el primer diagnóstico que se intenta en el plano político, sino que también profundiza en las raíces que determinan el fenómeno de las dictaduras venezolanas. Se trata del registro radiográfico de una nación atrasada, crucificada por las injusticias y sobre la cual se consolidó un poder omnímodo y despiadado.

El documento pasa revista al proceso político desde la Independencia hasta la década del veinte. Rechaza las tesis positivistas que sirvieron de fundamento a los partidarios del despotismo, condensadas por Laureano Vallenilla Lanz en su obra *Cesarismo democrático*. No es por azar que Machado y de la Plaza adelantaran el documento para ofrecer una respuesta a frecuentes artículos que con seudónimo escribía en la prensa de Estados Unidos el ministro Vallenilla y que les eran remitidos a la capital cubana por Carlos Fleury desde Nueva York.

El estudio establece:

Las tiranías y el atraso en nuestro desenvolvimiento económico, que son sus consecuencias, no son productos innatos de las razas y el clima como se ha

querido demostrar más de una vez; son efectos de una causa única: la formación y el desarrollo de una burguesía que ha querido vivir del trabajo de una clase explotada mediante la existencia de una desigualdad económica entre los habitantes del territorio venezolano. Con los derrocamientos de tiranos, con los cuartelazos y revueltas armadas, dicha causa no se ha modificado, se ha fortalecido produciendo el tipo máximo de tiranía que suele originar el régimen.

Añade:

Las llamadas revoluciones han sido la lucha entre dos facciones de la clase gobernante, facciones que si al principio se distinguieron por su programa cuasi-político, poco a poco han ido degenerando hasta unirse en una sola a las órdenes de un matarife cualquiera. De 1830 a 1848, Venezuela fue gobernada por un régimen constitucional que estatúa el carácter electivo del Ejecutivo y del Legislativo. Pero desde 1830, la riqueza fue capacidad legal para gobernar, pues solo podían votar aquellos que poseían capital, originándose entonces la formación de una oligarquía que se creyó la única capacitada para gobernar administrando con el criterio de la colonia que confundía la soberanía popular, triunfo de la Revolución Francesa, con los gestos paternos que impulsaban a los reyes a hacer concesiones a sus súbditos.

Se ofrecen estadísticas, naturalmente insuficientes para las condiciones del momento, pero a partir de las cuales se retratan los niveles de miseria, analfabetismo, desnutrición y precariedad económica de la población. Algunos datos son reveladores:

La instrucción no ha penetrado aún en los campos y como los campesinos forman un 70% de la población, el analfabetismo de Venezuela es de un 85%, por el 15% que se encuentra en las ciudades. La vida que se hace en los campos es casi salvaje: el campesino vive semidesnudo en chozas o ranchos, no le han enseñado la higiene, la promiscuidad más absoluta reina entre ellos y al trabajo rudo de la labranza hay que agregarle el transporte a hombros que aún se practica en algunas de las regiones. El campesino sabe que existe una policía que lo persigue, lo lleva a las guerras a pelear por hombres que no conoce y que tienen fama de “guapos” (valerosos) y sabe también que en esas guerras sus sembrados son incendiados y sus mujeres violadas por soldados de uniforme.

El documento continúa:

Las crisis que han azotado a Venezuela desde su fundación han tenido por causa la ignorancia de los gobernantes que no han sabido preverlas o conjurarlas. El café, el cacao y el ganado han subido y bajado de precio, a merced de los mercados exteriores sin que se hayan tomado medidas encaminadas a regular la producción, intensificarla, modernizar los métodos de cultivo o disminuir el costo excesivo de los transportes. Actualmente, la producción de café y cacao se encuentra tan desconcertada, que el precio del transporte imposibilita a los agricultores mejorar sus cultivos, y los llanos tan insalubres y los criadores sometidos a tales abusos del dictador Gómez, que ha disminuido la producción enormemente, ocasionan, a su vez, el marasmo y aniquilamiento del pueblo que vivía del comercio de la carne. El café últimamente ha tenido un precio muy alto debido en parte a la merma de la producción del Brasil, y ese precio, excepcional, altísimo, apenas sí ha beneficiado a los campesinos, pues los amos de hacienda se han contentado con cancelar sus deudas y despilfarrar la diferencia. La producción de cacao tiene un oscuro porvenir por no permitir el costo de producción sostener la competencia con los grandes productores de las Indias inglesas.

Sobre la explotación petrolera rescata la experiencia de la NEP (la “Nueva Política Económica” aplicada en Rusia en 1921), según la cual el Estado reconocía provisionalmente las concesiones siempre que las compañías extranjeras se obligaran a acatar y respetar las leyes que se fueran dictando, tanto las económicas como las referentes a la protección del trabajador, lo que permitía limitar las ganancias de las empresas explotadoras por medio del impuesto intensivo.

El esfuerzo de elaboración teórica de Machado y de la Plaza fue subestimado por mucho tiempo por la confesa adhesión comunista de ambos. Sin embargo, en los programas de los partidos políticos de izquierda constituidos a la muerte de Gómez en una primera fase, y luego a raíz de la Revolución de Octubre en 1945, se asumen como líneas fundamentales los criterios expuestos en el análisis sobre la democratización del Estado, la Reforma Agraria y la reivindicación de la riqueza petrolífera y minera. *La verdadera situación de Venezuela* le sirvió de plataforma programática al PRV y

fue adoptada posteriormente por los fundadores del primer partido comunista en la clandestinidad, el PRN, Unión Municipal y el PCV.

El deslinde del PRV

En febrero de 1927 se funda en México el Partido Revolucionario Venezolano, PRV, el más importante antecedente en la construcción de los partidos políticos venezolanos. La organización asimila la experiencia de las luchas antidictatoriales y antiimperialistas y plantea amplios objetivos estratégicos. Si bien es un partido creado con el propósito de enfrentar la dictadura de Gómez, se propone como una necesidad la liquidación también de las tiranías que padecían otras naciones centroamericanas y del Caribe. En ello, lógicamente, tenía mucho que ver el origen marxista-leninista de su núcleo promotor y las circunstancias que condicionaban las luchas democráticas en un contexto en el cual la Revolución Rusa ejercía una influencia determinante. Se suman al partido muchos de los luchadores antigomecistas que deambulaban por América y Europa en busca de financiamiento para expediciones y rebeliones. La Presidencia fue ocupada por Carlos León, la Secretaría General por Gustavo Machado y en la dirección figuraban Julio A. Silva Márquez, Pedro Brito, Carlos Aponte y Pío Tamayo. Fueron militantes destacados el General Emilio Arévalo Cedeño, Maclovio Prato, Mario Terán, Alonso Ramírez Astier y el salvadoreño Farabundo Martí. Se adhieren al movimiento los pintores muralistas mexicanos Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, así como el líder cubano Julio Antonio Mella.

El PRV se define como “una organización de fuerzas humanas disciplinadas y sinceras, que logren hacer efectivos los principios básicos de la revolución, venciendo al gomecismo y en la paz; el caudillaje y el politicastro, es decir, los malos patriotas que piensan que el poder se logra no para servir al pueblo sino para vivir a costillas del pueblo”. Son enunciadas sus líneas programáticas con relación a las cuestiones fundamentales del país:

Problema Campesino: “Emancipación del campesino del tutelaje del hacendado. Esto no quiere decir que se van a robar las tierras, sino que se procura que los hacendados no traten a los peones como esclavos; que se impedirá la existencia de tierras no cultivadas, y que las tierras baldías se distribuirán entre quienes no poseen y desean cultivarlas”.

Problema Indígena: “En Venezuela no se ha hecho nada en favor de los indios, se les ha considerado inferiores y como es un deber abolir la diferencia de razas y colocar a estas al mismo nivel de las otras del país, el PRV acepta aquel deber y se propone cumplirlo”.

Problema Obrero: “Emancipación del obrero de la arbitrariedad del capitalista. En todas las regiones del país los obreros, como los campesinos en algunas, están maltratados por los dueños de talleres y fábricas; por eso la revolución, que es nacional no para unos cuantos venezolanos solamente, procurará que los trabajadores venezolanos gocen de los derechos de defensa y de las mejoras que sean posibles dentro de las condiciones de la nación y el estado de su industria”.

Problema Social: “La mujer venezolana, como la de todo el mundo, tiene derecho natural a participar en las cosas que interesan a toda la nación, a su ciudad o a su gremio. Hasta ahora todos los derechos eran para los hombres, y para las mujeres más obligaciones que derechos. El PRV se propone levantar el valor y la condición de la mujer venezolana. La mujer embarazada y recién parida no debe trabajar pero sí debe recibir su salario”.

Economía Nacional: “El PRV sabe que en las actuales condiciones del mundo no se puede lograr ni mantener ningún progreso material ni moral ni es efectiva la independencia de una nación si esta no es rica y fuerte: hoy las naciones débiles y pobres son prácticamente colonia de las grandes y fuertes. Por otra parte, el capital extranjero, en tanto permanece extranjero, no constituye en realidad riqueza nacional, sino que antes es una amenaza para la independencia de los pueblos débiles”.

Educación: “La educación pública en Venezuela ha sido en general hasta ahora teórica, libresca, inútil para ganarse la vida. La única útil es la profesional –medicina, abogacía, etc.– que solo los ricos o los que disponen de alguna influencia, traducida en pensiones, la pueden lograr. El PRV se propone que se dé la instrucción útil, la que sirva para ganar la vida y aumentar la riqueza del país, es decir, la instrucción industrial y agrícola, la primera para hacer obreros, artesanos, oficiales, capaces; la segunda, para poderle sacar a la tierra todo el jugo que puede dar”.

Defensa: “El ejército de inconscientes ha sido el mejor instrumento de dominio de todos los tiranos. El PRV necesita soldados para acabar con los Gómez y para la defensa nacional, pues contra las naciones fuertes y absorbentes el argumento utilizable no es el derecho, sino la fuerza. Pero la revolución necesita que el ejército que ella forme no la vaya él mismo a asesinar, convirtiéndose en instrumento para la nueva tiranía de un nuevo caudillo o Jefe Único”.

Persecución y Castigo del Peculado: “Robar los fondos públicos es un mal terriblemente arraigado en Venezuela, en donde cualquier Jefe Civil cree que su puesto se le da para que se haga rico con las rentas y cuantos negocitos pueda explotar desde el empleo: es el ejemplo que dan los presidentes de Estado, Presidente de la República, etc. El PRV se propone acabar con ese vicio, pues él necesita honradez en los hombres públicos ya que no pretende realizar un cambio de hombres, ni siquiera un simple cambio político, sino una transformación económica que se promete acrecentar la riqueza del país, hacer que todos los venezolanos puedan vivir holgadamente y que la nación sea fuerte”.

Representación por Gremios y Mandato Revocable: “Los concejos municipales, legislaturas y el congreso actuales, aun cuando sus miembros fuesen electos por el pueblo, representará a un número de habitantes dado, de diferentes profesiones y oficios. Con este sistema el diputado o munícipe no puede desempeñar una misión

útil, pues es imposible que un solo hombre pueda saber lo que necesitan los ganaderos, los azucareros, los zapateros, los médicos, los comerciantes, etc., de su respectiva zona. En cambio, si cada gremio (ganaderos, agricultores, comerciantes, profesionistas, obreros de fábricas de helados, etc.) o los gremios afines envían un munícipe o diputado de su gremio, sus intereses estarán realmente bien representados, y los acuerdos a que lleguen los congresos o asambleas así constituidos serán verdaderamente provechosos para ellos”.

Separación de la Iglesia y el Estado: “En Venezuela, en efecto, todas las iglesias son libres, menos la Católica Romana, la cual está supeditada al gobierno en virtud del Concordato. Prácticamente el gobierno venezolano es quien nombra a los obispos y altos dignatarios de la iglesia. Ahora bien, esta es una situación injusta: que todas sean iguales ante la ley. Para esto, el Estado no debe tener religión, ni conexión con ninguna religión, ni en su favor ni en su contra. Por tanto, el PRV procurará que se separen completamente las iglesias del Estado”.

El manifiesto concluye con una exhortación “a luchar contra los jefes, los caudillos y los politicastros o líderes traficantes, uniéndonos y dando fuerza a la organización venezolana que no lucha por un hombre ni un grupo de hombres sino por el progreso y el engrandecimiento de Venezuela y la paz del mundo”.

PELEA DE CAUDILLOS

La diferenciación con los caudillos que entonces trabajaban activamente en la organización de invasiones inevitablemente habría de generar desencuentros. El más grave de ellos, el mismo año de la fundación del partido, fue protagonizado por el General Emilio Arévalo Cedeño, el jefe más representativo de las insurrecciones en los llanos y la frontera colombiana. Los veteranos luchadores

se proponían el derrocamiento del dictador como único objetivo. Era comprensible que no entendieran la que consideraban novedosa terminología revolucionaria derivada del marxismo. De hecho, comenzaron a llamar a los Machados y de La Plaza como los “bolcheviques”. Arévalo dirige una carta el 28 de julio de 1927 desde Vichy, Francia, al director de *El Diario de la Marina* de La Habana, en la cual se refiere a una noticia aparecida en ese periódico y reproducida en *La Prensa* de Nueva York sobre el desmontaje de un complot comunista en La Habana, en el cual habrían estado implicados Machado, de la Plaza y Julio Antonio Mella, todos en ese momento en México y quienes contarían con la complicidad del “venezolano General Arévalo Cedeño que también aparece en el proceso”. Arévalo escribe que la información le ofrece la oportunidad de dar a conocer públicamente su opinión: “sobre el funesto comunismo, la que en privado he dado a conocer de manera enérgica a tres o cuatro compatriotas míos, que deseosos de figurar y sin pensar siquiera un instante en nuestra patria, atiborrados sin poder digerir, de la abundante y nociva literatura *bolchevique*, con la cabeza llena de extravagancias, se han dedicado al comunismo, agotando sus energías, que podrían ser de gran utilidad para Venezuela, en predicar doctrinas, que son perniciosas y también inaceptables en nuestros pueblos”. Se desata una tormenta epistolar. Arévalo remite copia de su carta a los dirigentes del partido. La respuesta no se hizo esperar. Julio Silva Márquez, Carlos Aponte, Zúñiga Cisneros, de la Plaza y Machado replican de modo contundente. El 8 de octubre, el comité central ejecutivo del PRV ratifica la expulsión de Arévalo acordada días antes por la dirigencia local de México, “basada en hechos comprobados que constituyen una traición a los intereses generales de la revolución venezolana”.

En respuesta a la misiva de un amigo cuya identidad se desconoce, con fecha 19 de septiembre, Arévalo señala: “en el campamento lo es pero, según sus deseos, donde deben concurrir los hombres de

honor como usted y adonde no van los zánganos y parásitos de la revolución”. Miguel Azpúrua E. ofrece una versión sobre el detonante de las diferencias. Según esta, en 1927, dirigentes del partido establecieron contacto con el expresidente mexicano Álvaro Obregón, quien se interesó en la idea de colaborar con una invasión contra Gómez y ofreció armas, municiones y algunos oficiales “villistas” que estarían resueltos a combatir. Los contactos fueron hechos por Carlos Aponte y Eduardo Machado con los generales Treviño y Paz. Arévalo Cedeño fue enviado a Santo Domingo para conseguir un barco. Negoció una goleta de tres palos y se dirigió a Tampico. A esa ciudad ya había sido trasladada en ferrocarril una carga que contenía 500 carabinas y 25 ametralladoras con más de 500.000 tiros y una cantidad de dinamita. Mella, León, Aponte, Ferrer y de la Plaza, junto con los mexicanos voluntarios, esperaban la llegada de Arévalo Cedeño para acometer la empresa expedicionaria. Sorpresivamente, allí se enteraron de que el barco estaba detenido por intentar introducir un contrabando de ron dominicano que Arévalo había adquirido en Santo Domingo a fin “de ganarse unos pesos adicionales”, según habría dicho. El alijo fue confiscado y el material bélico devuelto a los cuarteles. Esta sería la verdadera causa del proceso y la expulsión del legendario guerrillero.

No obstante, el deslinde propuesto por el nuevo partido habría de desencadenar otras reacciones. En febrero de 1928 se funda en Nueva York la Unión Cívica. La organización edita su órgano periodístico y establece relaciones con la Unión Obrera que venía funcionando con anterioridad en esa ciudad. En la edición de enero de ese año, Machado ofrece unas extensas declaraciones sobre “la revolución en Venezuela” para explicar la necesidad de una doctrina revolucionaria. Consigna juicios que profundizan la controversia. Concluye con una afirmación:

...la reacción es el enemigo que debemos combatir donde quiera que se encuentre, dentro o fuera de Venezuela. No es un hombre ni un grupo de

hombres. Es una mentalidad del sistema de procedimientos, un régimen político y social, una organización económica. Por eso nuestra táctica habrá de ser diferente según los elementos a quienes tengamos que atacar. A los feudales es necesario destruirlos como fuerza social y económica; a los burgueses y pequeños burgueses, tratar de separarlos del grupo de la reacción. La dictadura de Juan Vicente Gómez ha de ser destruida por el esfuerzo de los elementos revolucionarios, pero esto no es más que un paso, un obstáculo que apartamos del camino. Gómez en la vida de un pueblo, a pesar de los 19 años de tragedia dantesca, no representa sino una etapa insignificante. Son muchos los Gómez que aguardan su muerte para ejercer una dictadura semejante.

POCATERRA EN ACCIÓN

José Rafael Pocaterra tercia en la polémica y escoge como destinatario de su pluma a Carlos León, con quien había compartido el infierno de La Rotunda: “dejaba León las prisiones de Gómez y sus ejecuciones silenciosas para ir a frecuentar las antesalas del tirano de Sonora, del ejecutor sombrío de sus émulos y compañeros, de ese torvo don Plutarco que se amparó en el prestigio de Obregón”.

Continúa:

...el doctor León, que tanto esgrime la palabra “oportunista”, ha sido como esos maniáticos de una enfermedad que de tanto temerla la contraen crónica. Obtuvo fondos muchas veces “para la revolución de Venezuela” en las propias cajas del tesoro mexicano. Hasta en la prensa amarilla de los Estados Unidos se reprodujeron en facsímil las distintas órdenes de pago que dispuso Plutarco Elías Calles. ¿Se benefició con ese dinero? No lo creemos. Daría alguna parte y el resto lo invirtió en papeles, folletos y publicidad para su propaganda. Lanzó a los jóvenes que le rodearon entonces a causa de su escandalosa ruptura con Arévalo Cedeño a tirar palos a diestra y siniestra y de él contrajeron ese ademán en la expresión y esa falta de escrúpulos en el proceder.

La posterior incursión de Machado en Nicaragua y la toma de Curazao sirvieron, sin embargo, para poner en evidencia que el proyecto partidista cumplía con eficacia su función como instrumento

valioso en la lucha antidictatorial. José Carlos Mariátegui saludaba así la presencia en la escena del Partido Revolucionario Venezolano. Los exiliados del proletariado y de la inteligencia han creado en el extranjero, a través de un largo proyecto de concentración, este organismo de lucha política que dirige y coordina las reivindicaciones de las masas. Contra el régimen de Gómez no está ya en armas un caudillo de aleatorio éxito, sino un partido organizado en el extranjero con buen aprendizaje en los métodos de lucha antifascista.

Sandino y los “cristeros”

En enero de 1928, es creado en Ciudad de México el “Comité Manos Fuera de Nicaragua”. Se trataba de una iniciativa de Machado y sus compañeros del PRV. Ya en las montañas nicaragüenses se encuentra Carlos Aponte, quien se hace asistente del General Augusto César Sandino, siendo al poco tiempo reconocido con el grado de Coronel. Aponte tiene participación destacada en numerosos combates. Machado decide irse a Nicaragua para entregar a Sandino en sus propias manos los recursos que se habían recolectado en la campaña realizada por el comité. Comienza un accidentado recorrido por Guatemala y Honduras con el nombre de Antonio Romero. Establece contacto con Froylán Turcios, poeta hondureño, director de la revista *Ariel* y propagandista del sandinismo. Para llegar al campamento del “General de Hombres Libres” emprende un viaje de casi cuarenta días, despejando maleza y burlando el cerco enemigo. Permanece dos meses junto a Sandino y su Estado Mayor. En ese tiempo se refuerza en él la convicción de que es necesario el uso de las armas para enfrentar a los dictadores y también a Estados Unidos. Sandino nombra a Machado como su representante en México para nuevas acciones de apoyo y le hace entrega de una bandera norteamericana que sus hombres habían arrebatado a los soldados invasores.

Domingo Alberto Rangel comenta que no fue fácil la empatía de Machado con Sandino por el carácter del jefe rebelde. Miguel Azpúrua E. cuenta que Machado, junto a su compañero Aponte, participó en la defensa de los bastiones sandinistas ante los ataques perpetrados por la aviación enemiga. A su regreso, Machado suministra declaraciones a la prensa y concede una entrevista al poeta Max Grillo que es publicada en el *Repertorio Americano*, en Ciudad

de México. En ella hace revelaciones sobre los métodos y tácticas utilizadas por los agresores. Indica que los marines “proceden con el mayor atolondramiento, sin coordinación, penetran al monte nerviosos y vacilantes, buscando a tientas a un enemigo invisible que rehúye el combate y se lanza contra ellos sorpresivamente, cuando tienen 99% de posibilidades de aniquilarlos. Últimamente, con objeto de reducir a Sandino por hambre, los *blue jackets* han quemado más de cincuenta caseríos de la Nueva Segovia y han arrasado todas las plantaciones. Miles de personas, sobre todo ancianos, mujeres y niños, vagan errantes por esa región, sin pan ni abrigo”. Niega que los rebeldes tengan instructores alemanes como especula la prensa estadounidense, y calcula las fuerzas de Sandino en dos mil hombres repartidos en las zonas de Somoto, Quilalí, Jinotega, Matagalpa y Atlántico.

Su presencia en el alto mando de Sandino influye de manera determinante en su convicción sobre la pertinencia de la lucha armada campesina en países con mayoritaria población rural, y fortalece su viejo sueño de preparar enfrentamientos directos contra la dictadura venezolana. Podría decirse que Machado baja de Las Segovias persuadido de encabezar una incursión en su país asfixiado por el puño de Gómez. En ese momento, en él debió dibujarse mentalmente la gesta que después habría de intentar en la Sierra de Coro.

Participa numerosas actividades organizadas por él, y le impacta hondamente el asesinato de su camarada Mella por un pistolero a sueldo del dictador cubano. Pero otra acción de guerra lo convoca sin pérdida de tiempo. Se incorpora a la lucha contra los “cristeros”, grupos armados que enfrentan al gobierno después del conflicto suscitado entre la Iglesia y el expresidente Plutarco Elías Calles. El mandatario expropió tierras y propiedades en poder de la institución y deportó sacerdotes y monjas. El clero estimuló un levantamiento campesino e indígena en nombre de Cristo Rey en rechazo a las políticas laicas. Machado combate a los grupos insurgentes y

recibe órdenes del General Lázaro Cárdenas, a la sazón gobernador del estado de Michoacán, extendiéndose las operaciones hasta las montañas de Coalcomán. El líder de los rebeldes, Simón Cortez, depone las armas a los pocos meses. Ahora para Machado quedaba expedito el camino hacia Curazao, el lugar desde donde en 1919 había comenzado su intenso peregrinaje.

La toma de Curazao

El año 1929 comienza con renovadas expectativas para los luchadores antigomecistas. Las protestas estudiantiles de los meses anteriores y las gestiones para organizar una operación combinada hacia Venezuela pronosticaban acontecimientos que habrían de quebrantar la férrea armazón de la dictadura. El gomecismo parecía tener el sol sobre las espaldas. Curazao, como siempre, era un centro de febril conspiración. Lugar estratégico para contactos y planes de los exiliados que circulaban entre París, Nueva York, Trinidad, La Habana y Ciudad de México. En la isla actuaban también a sus anchas, con la protección de las autoridades locales y holandesas, los confidentes y sicarios de Gómez. En 1920, mientras esperaba noticias sobre la expedición del barco *Odin*, comandada por el General J. M. Ortega Martínez, y que debía zarpar del puerto de Kiel, uno de los complotados, el General Francisco Linares Alcántara, fue detenido. Humillado, vestido con una franela de rayas como un prisionero común y con la cabeza rapada, salió de la prisión por mera casualidad. Linares fue reconocido, según cuenta Cecilia Pimentel, porque uno de sus carceleros llevaba una sortija similar a la que él portaba, y que permitía identificar a los oficiales egresados de la academia de West Point. Numerosos exiliados eran secuestrados con la complicidad del Cónsul venezolano, amarrados y devueltos a Venezuela en la goleta *Julia Ramona* y la balandra *Visión*. Los hermanos Atilano y Gonzalo Carnevalli fueron sometidos a vejámenes y recluidos en inmundos calabozos. La casa de las hermanas Parra, conocidas damas caraqueñas, servía como precario refugio para los perseguidos.

Rafael de Nogales Méndez llega a Curazao en 1928 para agilizar trámites personales con su nombre de pila de Rafael Inchauspe. Establece contacto con los núcleos que ya avanzaban en el plan de

una invasión. En una carta rescatada por Mirela Quero de Trinca remitida a comienzos del año siguiente por un grupo de “universitarios desterrados”, que se supone encubría el nombre de Rómulo Betancourt y cuyo destinatario se desconoce, se descarta la participación del “Grupo París” (Román Delgado Chalbaud y José Rafael Pocaterra, quienes meses después protagonizaron la incursión del *Falke* en Cumaná), por cuanto se trataba –según la misiva– de actuar en este caso de acuerdo a un programa “calcado sobre los ideales universitarios”.

El 17 de septiembre de 1928 se constituye la “Sociedad 28 de Octubre” como fachada del Partido Revolucionario Venezolano, coordinada por Hilario Montenegro. La agrupación concentra su actividad entre los obreros petroleros. Montenegro informa al comité central del partido en México del plan para invadir a Venezuela por las costas de Falcón. La iniciativa estimula el ánimo del antigomecismo en diáspora. Pero el 24 de enero de 1929 ocurre un hecho trágico. Montenegro acostumbraba visitar en la hora vespertina la barbería “Bandera Roja”, donde circulaban las noticias traídas por los marinos en las tertulias del muelle. Una tarde llega al lugar un joven aindiado, en estado de ebriedad, que comienza a actuar en actitud provocadora. Montenegro se despide de sus amigos pero en la esquina siguiente es interceptado por el personaje. En circunstancias no aclaradas, el sujeto, identificado luego como Delfín Pérez, atacó con un puñal a Montenegro dejándolo tendido en el suelo con dieciocho heridas que le ocasionaron muerte instantánea. Pérez confesó después haber actuado por órdenes del régimen de Gómez, de quien dijo ser “el único cómplice que tengo”. La muerte de Montenegro provocó conmoción entre el núcleo subversivo y los residentes venezolanos. El PRV emite una declaración en su órgano *Libertad*, en la cual Gustavo Machado califica a Montenegro “como el primer mártir de la verdadera revolución que dará al pueblo venezolano su emancipación de la tiranía”. En el sepelio habla el

estudiante Miguel Otero Silva. En el discurso exclama: “nuestra mirada rebelde debe ensanchar el horizonte al palpar el cadáver de este hombre noble y bueno, macabramente desfigurado por la punta cobarde del puñal”.

Después del crimen, los estudiantes venezolanos son advertidos por las autoridades que existe un plan de asesinarlos y que no podían contar con su protección. Son acelerados los preparativos de la expedición. Se trabaja intensamente en el entrenamiento militar a cargo del Coronel Carlos Aponte, recién llegado de combatir al lado de Sandino y de paso hacia Trinidad, desde donde habría de partir otro grupo expedicionario. Queda constituido un comité militar integrado por Salvador Rodríguez, Luvigio Marín, Jesús María Sarria, Eduardo Vargas, Carlos Flores y Gustavo Machado, quien viajó desde México para asumir las tareas finales de la operación. Por recomendación del Coronel Alonso Ramírez Astier, Secretario General del PRV en Panamá, Machado hace llamar a Rafael Simón Urbina, conocedor de la sierra coriana y ya famoso por sus andanzas como guerrillero. Urbina, acompañado de Ramón Torres, Gustavo Tejera y Antonio Navas, hace acto de presencia el 31 de mayo. Había estado en Curazao cuatro meses antes huyendo desde Coro por acusaciones de desfalco y asesinato. El gobierno insular ordenó entonces su detención, lo cual provocó la protesta de un grupo de venezolanos encabezado por Rómulo Betancourt pero que finalmente no surtió mayor efecto. Domingo Lovera, representante ante la *Curazao Petroleum Company* encabezó una huelga de solidaridad con el prisionero que incorporó a los obreros arubanos y dominicanos. El paro suscitó la desesperada reacción del jefe de la guarnición militar, Capitán A. F. Corren, quien hizo que el gobernador estableciera contacto telefónico con la reina Guillermina. La instrucción desde Holanda precisa: la deportación del rehén hacia cualquier país, menos Venezuela. A las horas siguientes en un vapor inglés, Urbina se dirigió a Colombia y desde allí a Panamá.

Ahora, Machado y Urbina se encuentran en la casa “Mi Deseo” cercana a la refinera. En la estrategia de los revolucionarios, Urbina era un eslabón indispensable por cuanto tenía conocimiento de la serranía falconiana y además aseguraba que en ella operaban grupos armados, que aunque dispersos, obedecían al mando de un hombre de su entera confianza llamado Olegario Reyes. En el fondo, Urbina veía en la acción una manera de vengarse de lo que consideraba ofensas irreparables después de su reciente actuación en la zona y de las acusaciones que habían provocado su fuga hacia Aruba y Curazao.

LA TOMA DEL ÁMSTERDAM

La mañana del 8 de junio, Machado y Urbina repasan los últimos detalles del ataque. Carlos León desde México les hizo llegar cien dólares con los cuales compraron cincuenta machetes, dos hachas y dos revólveres *colt*. Machado poseía un revólver y Urbina una pistola-máuser. Ramón Torres fue encargado de seleccionar en grupos de a diez a los voluntarios que habrían de participar en el asalto, algunos de los cuales fueron informados apenas dos horas antes. El pretexto para la reunión fue la celebración de un bautizo. De los invitados solo uno se negó a correr el riesgo.

Al atardecer, Machado, Torres y Tejera se ponen al frente de los veinticinco hombres que debían apoderarse de la prevención del Fuerte Ámsterdam. La planta baja de la fortaleza sería abordada por el Capitán Pedro Reyes y Ludovico Marín. El General Manuel Angulo con ocho hombres se encargaría de buscar al Cónsul Horacio Leyva para hacerlo preso y luego ejecutarlo como medida de escarmiento por su contumaz hostilidad contra los venezolanos. Leyva no fue encontrado y logró escapar vestido de mujer. Urbina se comprometió a tomar la parte alta con un grupo conformado por sus paisanos

Alcalá, Piña, Lovera, Borregales, Aguirreche, Marín, Rojas, Navas, Ramones y Steckman.

En dos camiones llegan al lugar y uno de ellos es lanzado contra la puerta del bastión derribando las barandas. De inmediato comienza la refriega. Los machetazos de los asaltantes eran certeros, a diferencia de los disparos de los guardianes, presos del miedo. Cunde el pánico en la línea de defensa. Algunos se lanzan al agua y otros ni siquiera intentan preservar sus posiciones. En medio de la trifulca, Urbina se encuentra con el oficial holandés que lo humilló cuando estuvo preso en el fuerte y le dice: “¿Te acuerdas de mí?”. Sin esperar respuesta le dispara a quemarropa. El Capitán Corren, jefe de la guarnición es apresado. En pocos minutos, llega al fuerte el grupo de estudiantes integrado por Miguel Otero Silva, Gustavo Ponte Rodríguez, Prince Lara, Jiménez Arráiz y Pablo González Méndez. Machado resiente la falta de coordinación y el desorden que le hacían presumir el fracaso de lo que comenzó como una heroica victoria. El paso siguiente no era la toma del poder en la isla, que por lo demás ya estaba en sus manos, sino la consecución de un barco, proceder a cortar las comunicaciones e iniciar la incursión sobre las playas falconianas. El vapor *Maracaibo* de la línea “D” Roja, recién llegado al puerto y aún con las calderas a presión, es abordado por los rebeldes. El capitán del barco, de apellido Morris, no opone resistencia, mientras que la tripulación nerviosa abandona la nave. El Gobernador Albert Fruytier es tomado como rehén junto al jefe de la policía y varios oficiales. La población curazoleña no sale del asombro. Grupos de obreros solidarios con la toma ocupan las calles y corean “¡Viva Curazao libre!”. La expedición se inicia sin objetivos claros. Machado y los estudiantes responden a una visión política definida. Urbina y sus acompañantes carecen de horizonte político y su decisión es producto más bien de la rebeldía y la violencia silvestre. Entre los expedicionarios figura Delfín Pérez, el asesino de Montenegro, liberado por Urbina en la

toma de la fortaleza y quien supuestamente serviría de baquiano en las trochas de la montaña. Desde el balcón del hotel Regina en La Otra Banda, el joven vendedor de automóviles Vitelio Reyes (con el tiempo historiador y censor durante el perezjimenismo), que había rehusado toda vinculación con los rebeldes, presencia la partida del buque y comenta a los huéspedes sobresaltados con no disimulado odio: “Mañana amanecerán llevando plomo del gobierno a diestra y siniestra”. Reyes es obligado a abandonar la isla a los pocos días.

A las tres de la madrugada partió el *Maracaibo* hacia Venezuela. En cuatro horas consume las setenta y dos millas entre Curazao y La Vela de Coro. Frente a la costa hay incertidumbre y confusión. Finalmente, el Capitán Morris, quien después contó haber disfrutado de la travesía, logra atracar a seis kilómetros al este de La Vela en la playa de Muaco. En la primera lancha y al frente de treinta hombres, Ramón Torres se dirige a tierra firme. Se atrincheran detrás de un promontorio cubierto de cardones y cujíes. Desde allí observan la llegada de las tropas oficialistas aún desconcertadas por el desembarco. Al frente de ellas está el oficial de resguardo, el Coronel Francisco Gutiérrez, cuyo arrojo era reconocido en la región. Los invasores abren fuego. Los hombres de Gutiérrez agotan los treinta y cinco proyectiles de cada máuser y se repliegan hacia La Vela en busca de refuerzos, desconociendo el verdadero poder de fuego y el número de los expedicionarios. En el camino, en una casa del barrio “Maturín”, se encuentra con el General Gabriel Laclé, jefe de las tropas regulares, quien sorprendido le pregunta de dónde provienen las repetidas descargas que mantienen en vilo a los pobladores. En cosa de segundos, ambos son envueltos por nuevas olas de pólvora. Laclé hace uso de su arma y trata de adelantarse pero cede ante el fuego enemigo. Al instante, en las filas de los rebeldes se produce una sensible baja: Ramón Torres cae abatido por un certero disparo en el pecho. Según testimonio de Bhilla Torres de Molina, Torres disparó contra Laclé y el general, ya mortalmente herido, accionó

su viejo revólver. Se anticipaba de esta manera el duelo fatal entre los generales Román Delgado Chalbaud y Emilio Fernández en la Calle Larga de Cumaná, el 11 de agosto del mismo año con el arribo del *Falke*.

Los combatientes culminan el desembarco y el navío, con los rehenes curazoleños y holandeses, emprende el regreso. La muerte de Torres influye en el ánimo de Urbina pese a que las tropas del gobierno huyen sin rumbo preciso. El Coronel Agustín Graterol, colaborador del ejército, formado en la Revolución Libertadora y que había derrotado a Urbina en su anterior alzamiento en San Luis (también lo enfrentó con éxito dos años después, el 11 de octubre de 1931, en la invasión del barco *Superior*, por Capatárida), se encontraba en Coro y sin tiempo suficiente para reagrupar a sus hombres. León Jurado, el temible general especialista en aplastar sublevaciones, tampoco se encontraba en la región. Machado propone seguir hacia Coro para impedir que las tropas oficialistas se reorganicen al mando de sus jefes naturales. Contaba (según su propia versión años después) con el apoyo de varios oficiales de la guarnición y de un comandante que se sumarían a la invasión. Urbina se niega e insiste en que sus fortalezas están en la refriega guerrillera y se adelanta en el camino hacia la sierra. En ese momento se ponen nuevamente en evidencia los desencuentros entre las dos cabezas de la expedición.

EN BUSCA DE LA FRONTERA

En un esfuerzo por levantar la moral se procede a la reorganización de las fuerzas y se nombra a Urbina como Jefe del Ejército y a Machado como Jefe del Estado Mayor. Al salvadoreño Carlos M. Flores (quien previamente estuvo en Caracas y preparó un informe sobre el estado de la oposición venezolana) se le designa como Secretario General del Comando; como médico, al mayor José Tomás Jiménez Arráiz;

tenientes y ayudantes a Gustavo Tejera, Miguel Otero Silva, Pablo González Méndez y Manuel Ortiz. Los ciento veinte hombres que quedaban se dividieron en columnas y a su vez, estas fueron subdivididas en grupos de cinco combatientes. Emprenden el camino de la montaña, en el cual habrían de enfrentar en diversas escaramuzas a los soldados gomecistas. Se combate en Meachiche, Socopo, Uria, La Chapa y Pueblo Nuevo de la Sierra. Urbina insiste en encontrar a Olegario Reyes, quien –aseguraba– estaba al frente de una guerrilla. Sin embargo, el desaliento y las calamidades, además de la escasez de pertrechos, después de largas horas sin comer, hacen mella en el ánimo de los expedicionarios, por lo que la mayoría de ellos opta por regresar a los caseríos aledaños a La Vela donde reciben apoyo de los habitantes. Luego de una pasantía clandestina, varios de los invasores logran huir con destino a Las Antillas, pero la mayor parte de ellos es apresada, sometida a maltratos y enviada a las prisiones del régimen.

Olegario Reyes al fin hace su aparición cerca de Curimagua. Ciertamente se había desempeñado al lado de Urbina en numerosos combates y su valor personal no estaba en discusión, pero distaba mucho de ser un hombre con conciencia política ni tampoco poseía mayores destrezas militares. Machado lo describe como “pequeño de estatura, todo nervios de acero, el pelo sobre los hombros, mirada desconfiada de hombre que vive en el monte, huyendo siempre, movimientos ágiles de tigre, una peinilla terciada en el pecho y un largo revólver 44 al cinto”. En permanente plan de fugitivo no era Reyes de ningún modo el refuerzo con el que esperaban contar los revolucionarios. Las fuerzas del gobierno, comandadas por Graterol y Jurado, este ya de nuevo en su cargo como Presidente del Estado Falcón, inician la contraofensiva. Machado entiende que la única alternativa es sortear un inevitable cerco que hubiera terminado por liquidar las huestes en franca dispersión. Así continúa la marcha hacia Churuguara junto con Urbina, Olegario Reyes, Prince Lara,

Jiménez Arráiz, Julio Ramón y Manuel Hernández (dos de los más fieles lugartenientes de Urbina). A los días encuentran protección en las casas de Jesús Medina, Amenodoro Morles y en la hacienda de Guayo Scotchborgh. Otro hacendado, Raúl Smith, logra sacar en su carro hasta Barquisimeto a Prince Lara, Méndez y Jiménez Arráiz. Regresa con Urbina, Machado y los hermanos Hernández, y se propone a todo evento en su *Ford* del modelo “T” colocarlos en lugar seguro, si ello fuere posible, más allá de la frontera.

Emprenden un recorrido en condiciones precarias. En los Andes deben cambiar de vehículo porque las placas identificaban el estado Falcón y podían despertar sospechas en las alcabalas. Venciendo enormes dificultades cruzan la línea fronteriza. A partir de allí comienza una nueva odisea. De Cúcuta siguen a Pamplona y de esta ciudad a Bucaramanga en una caminata de varios días. Después a Puerto Wilches hasta llegar a Barranquilla. En embarcaciones bananeras y en deplorables condiciones personales arriban a Panamá, donde encuentran la ayuda de José Rafael Wendehake, paño de lágrimas de los luchadores contra la tiranía. En Panamá se produce la separación definitiva de Machado y Urbina. Había culminado, de esta manera, la toma de Curazao. Un hecho que representa una referencia definitiva en el combate contra el feroz despotismo. Machado vio materializada la obsesión “garibaldina” que le acompañó durante el destierro. La hazaña tuvo un eco internacional sin precedentes revelando ante el mundo la existencia en Venezuela de un sistema primitivo y brutal. En los principales periódicos de Estados Unidos y Europa, el asalto del Fuerte Ámsterdam y sus secuelas fueron objeto de un tratamiento inédito. Para Urbina fue solo un nuevo episodio de una vida comprometida con el azar. Lo comprobaría dos años después con la expedición del vapor *Superior* desde México y en 1950 con el asesinato del Presidente de la Junta Militar, Coronel Carlos Delgado Chalbaud, en cuyo lance encontró la muerte. Como había sostenido Machado, 1929 fue un año marcado por invasiones

y alzamientos en casi toda la geografía venezolana. Ya había síntomas inequívocos de que comenzaba, aunque lentamente, la agonía del gomecismo.

París y Bogotá

En 1930 Machado está de nuevo en París. En diez años la ciudad ha recobrado su esplendor. Es un viaje de reencuentro familiar y reflexión. Oportunidad para los recuerdos y para reforzar las convicciones revolucionarias. Domingo Alberto Rangel escribe sobre aquellos días:

...recibe dos influencias que arraigarán en su vida. La música del boulevard es una de ellas. En el boulevard Saint Michel oye por vez primera, tocada por un organillero de esquina, aquella pieza musical, “Dominó”, que veinte y tantos años después al hacerse conocer, recomerá el mundo entero: “Dominó, Dominó, le printemps chante en moi Dominique”. El amor es la otra influencia. Conoce a Marie Madeleine Lucas, bretona inconfundible. La Bretaña ha dado a Francia los caracteres más firmes y los espíritus más soñadores. Marie Madeleine será su primera esposa y la madre de sus tres hijos, Eduardo, Enrique y Arlette. Aquella temporada parisiense daría a Gustavo Machado el gusto por la música del boulevard que con el tango argentino es una de las maravillas del arte popular y el amor fecundo que perpetuó su vida. En los cafetines de los Campos Elíseos, los Machado, presididos por don Carlos, celebraron varios cónclaves familiares. Los grandes cacaos les dice Gustavo en broma, no sesionan ya en Madrid, ahora lo hacen en París porque ha aumentado su pretensión.

Con su hermano Guillermo visita varias ciudades en plan de observador. En Aquisgrán huele el azufre del nazismo, un grupo de jóvenes celebra alrededor de un libro devorado por las llamas. Stalin consolida su dominio en la Unión Soviética. Un año antes, Trotsky había iniciado el trágico final de su vida. En Cuba, Gerardo Machado ahoga en sangre la resistencia y reforma la constitución para prolongar su mandato. En México, sus compañeros del PRV, Carlos León y Miguel Zúñiga Cisneros, junto a Rafael Simón Urbina, buscan un barco para una nueva invasión.

La Gran Depresión somete a prueba las fortalezas del capitalismo. En Venezuela se inicia una década decisiva para el gomecismo. El dictador en Maracay tiene señales de una salud resentida. Las invasiones y sublevaciones de los años anteriores (la toma de La Vela de Coro y la incursión del *Falke* en Cumaná, de manera especial) revelan cierta fragilidad en la tiranía. La Iglesia católica enfrenta al régimen. El obispo de Valencia, monseñor Salvador Montes de Oca, exhorta a orar por los presos políticos. Es expulsado por orden del presidente Juan Bautista Pérez. El Nuncio Apostólico, monseñor Fernando Cento, protesta ante Gómez. El mandatario de paja entra en crisis. El Congreso exige su renuncia acusado de incapacidad para afrontar las contingencias derivadas de la catástrofe económica mundial y de permitir que circulen “las ideas comunistas”. Gómez asume la Presidencia de la República. En Caracas, el norteamericano Joseph Kornfeder, educado en Moscú, organiza células de obreros e intelectuales que simpatizan con la revolución bolchevique. Se reparte el primer manifiesto del Partido Comunista de Venezuela. Son detenidos Juan Bautista Fuenmayor, Francisco José (Kotepa) Delgado, José Antonio Mayobre, Aurelio Fortoul y Juan José Núñez Morales. Machado tiene conocimiento de las gestiones que realizan los conspiradores en el exilio para preparar la transición. Esteban Gil Borges, subsecretario de la Unión Panamericana, es contactado por el gobierno de Washington para estos fines. Se reagrupan figuras civiles con caudillos regionales como Juan Bautista Araujo y Honorio Sigala. Se teje un acuerdo tácito para la sucesión en torno al General Eleazar López Contreras, ya al frente del Ministerio de Guerra y Marina.

Machado siente la necesidad de volver. En el vapor *De La Salle* cruza el Atlántico. Supera dificultades de inmigración en Barranquilla y navega por el Magdalena, como lo hiciera un año atrás en compañía de Urbina después del fracaso de la invasión de La Vela de Coro. En Bogotá establece relaciones con los liberales en el gobierno.

El periodista Alberto Lleras Camargo se erige en una referencia política promisoría. Gobierna Enrique Olaya Herrera, consecuente con la prédica de los caudillos Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, protagonistas de la Guerra de los Mil Días y vinculados con los rebeldes venezolanos en las luchas fronterizas contra Cipriano Castro. Consolida amistad con los futuros presidentes Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos. Se integra con los camaradas del Partido Comunista Colombiano y con ellos articula un mecanismo que le permite mantenerse al tanto de lo que ocurre en Venezuela y operar como retaguardia logística en las tareas de construcción de ambas organizaciones. Con paciencia, pero sin abandonar los ajetreos conspirativos, espera que el reloj biológico decrete la muerte del tirano.

Victoria y derrota

Juan Vicente Gómez muere en Maracay el 17 de diciembre de 1935. Una semana después, Machado cruza la frontera por San Antonio del Táchira. Contra él pesa una orden de detención y su cabeza era tasada a buen precio por la policía gomecista. El 2 de enero llega a Caracas y a las horas es detenido y llevado al Cuartel San Carlos. Se le traslada a La Guaira y a bordo del buque de guerra *General Salom* es embarcado hacia el Castillo de San Carlos en el Zulia. El 1 de febrero es llamado por López Contreras. El Presidente encargado le garantiza que su gobierno transitará el camino de la democracia “pero con paciencia”. Machado expresa que no es posible concebir una transición atada al pasado dictatorial. López Contreras lo oye y lo regresa a la prisión. Años después, en su libro *El triunfo de la verdad*, escribe: “oí la opinión de hombres irreductibles ideológicamente, como Gustavo Machado y Mariano Fortoul, en quienes reconozco la virtud de no haberme tratado de engañar con falsos ofrecimientos”. A Machado se le aplica el inciso 6 del artículo 32 de la Constitución gomecista que prohibía “las actividades y la propaganda comunista” con penas de prisión o extrañamiento. En 1936 comienza una etapa convulsa en la historia nacional. Los exiliados y los prisioneros liberados ocupan un espacio decisivo en la redefinición del mapa social y político. Las mutaciones mundiales imponen una reprogramación en todos los órdenes. Manuel Alfredo Rodríguez traza una panorámica de la escena mundial:

En 1935, el avance del fascismo y las consecuencias de la crisis económica de 1929 avivan las candelas de los conflictos parciales que formarán la gran hoguera de la Segunda Guerra Mundial. En África, las tropas de Mussolini invaden el legendario imperio de Abisinia o Etiopía. En Alemania, el nacionalsocialismo de Adolfo Hitler se proclama campeón del antibolchevismo,

emprende el exterminio de los judíos y monta su maquinaria guerrera. En el extremo oriente, el militarismo japonés amenaza a una China dividida por la guerra civil entre el Kuomintang de Chiang-Kai-Sheky el Partido Comunista de Mao-Tse-Tung. La situación de España reviste los caracteres de una crisis existencial. Las contradicciones y timideces de los genuinos republicanos llevan al poder a la derecha encabezada por Alejandro Lerroux y José María Gil Robles. En Estados Unidos, el presidente Roosevelt dirige una exitosa política de la recuperación capitalista mediante la política del “New Deal” o “Nuevo Reparto”. En La U.R.S.S., la represión antitrotskista pasa a un segundo plano ante los éxitos del Plan Quinquenal y la reforma institucional inspirada por Stalin.

El horizonte latinoamericano también es escrutado por el historiador:

Paraguay y Bolivia se han desangrado en la Guerra del Chaco –1932 a 1935– y la intervención azuzadora de la *Standard Oil* y la *Royal Dutch Shell* es denunciada en el Capitolio de Washington por el Senador Huey Long. En Colombia el liberalismo ha elevado a la Presidencia a Alfonso López en su segundo cuatrienio consecutivo de gobierno. En Brasil suceden golpes fallidos contra Getulio Vargas y su “Estado Novo”. En Cuba renuncia el Presidente Mendieta y al hablar de la crisis los corresponsales mencionan al expresidente Menocal y omiten al “hombre fuerte” Fulgencio Batista. En México, el Presidente Lázaro Cárdenas promulga una amnistía para los delitos políticos de los últimos veinte años y comunica un nuevo impulso al estancado proceso de la Revolución Mexicana.

Las circunstancias exigen a López Contreras especiales dotes de equilibrista y ánimo conciliador. El gomecismo está intacto. Su desplazamiento del poder no fue producto de una invasión victoriosa ni de un imprevisto golpe de Estado, sino un episodio perfectamente previsible. Del exilio y de la cárcel surgen varios proyectos políticos. Los viejos luchadores ven la hora de ajustar cuentas. Los jóvenes exiliados y sobrevivientes de La Rotunda y el Castillo Libertador apuestan a la democracia, pero todavía desde un plano teórico y nebuloso. En su seno, además, se confronta la visión democrática de la izquierda condensada en el Plan de Barranquilla de Betancourt con

la concepción marxista esbozada en *La situación de Venezuela*, por Machado y de la Plaza, mientras el núcleo pionero del comunismo criollo, encabezado por Fuenmayor, es partidario de construir una alternativa claramente comunista con el apoyo del movimiento obrero petrolero.

Tales visiones se contrastan con la realidad. Estallan manifestaciones de repudio a la dictadura en toda Venezuela. Se exige castigo para los culpables de crímenes y de peculado. Las movilizaciones dejan muertos y heridos. Se protesta contra la permanencia de figuras representativas de la tiranía en presidencias de Estado y en el gabinete. La familia Gómez abandona el país. Se enerva una creciente tensión callejera. El remanente gomecista, representado por un grupo de viejos generales, le recuerda a López Contreras que existe un “pacto de caballeros” para un cambio mediante la eliminación de las torturas y las persecuciones, pero dentro del orden y evitando desbordamientos que puedan conducir a la anarquía. En esos días, el Presidente encargado habla de la “dictadura del bien”.

Pero la furia represada durante años y que ahora se liberaba no podía controlarse solamente mediante exhortaciones y promesas. Los presidentes de Estado reciben la orden de enfrentar acciones que pusieran en zozobra “el hogar venezolano”. La retaliación contra el tirano muerto se traslada también al campo con la amenaza de ocupar las fincas de los prohombres del antiguo régimen. Se crea la policía rural para enfrentar las demandas de los agricultores. Un grupo de intelectuales, entre los que figuran Miguel Acosta Saignes, Jacinto Pachano, Andrés Eloy Blanco, Manuel Rodríguez Cárdenas, Elías Toro y Carlos Eduardo Frías, invocan una “reflexiva serenidad”. Circulan manifiestos que piden medidas más radicales como la liquidación total del gomecismo, la disolución del Congreso y la convocatoria a una Asamblea Constituyente. Tales planteamientos sirven de programa de lucha a la Federación de Estudiantes de Venezuela, a cuyo frente se coloca Jóvito Villalba acompañado por

Humberto García Arocha, Ernesto Silva Tellería y Luis Lander. La avalancha popular pasa a tener desde entonces una dirigencia política. López Contreras refuerza y dicta nuevas medidas represivas. Son suspendidas las garantías constitucionales y se apela a un acuerdo del Congreso gomecista que autorizaba al Ejecutivo a tomar decisiones administrativas y policiales para impedir la difusión de la doctrina comunista. López encontraba en el comunismo un pretexto para reducir a los opositores democráticos, concitar el apoyo del gomecismo civil y neutralizar a aquellos sectores de la población que rechazaban por igual la reciente tiranía y la posibilidad de un futuro gobierno inspirado en ideologías extranjeras.

BATALLA EN LA CALLE

López confronta la batalla en un campo desconocido: la insurgencia de las masas. El 14 de febrero, cincuenta mil caraqueños se echan a las calles tras las consignas de la Federación de Estudiantes: rechazo a la suspensión de garantías; eliminación de la censura; destitución de todos los personajes del gomecismo en el nuevo gobierno; libertad de quienes aún permanecían secuestrados en las cárceles, y castigo implacable para quien apareciera culpable de hechos delictivos durante el mandato de Gómez. Jóvito Villalba y el rector de la UCV, Francisco Rísquez, marchan al frente del pueblo enfurecido. Continúa el saqueo de las casas de los exfuncionarios. La violencia se sobrepone a la represión. López Contreras entiende que no queda otro camino que la derrota a medias que supone un armisticio. Los caudillos gomecistas salen del gobierno. Machado es puesto en libertad. Se reestructura el gabinete con la presencia de Diógenes Escalante, Néstor Luis Pérez, Enrique Tejera y Tomás Pacanins. A los pocos días se incorporan al alto gobierno Alberto Adriani, Caracciolo Parra Pérez y el Coronel Isaías Medina Angarita

como Ministro de Guerra y Marina. Son restituidas las garantías constitucionales. El Presidente encargado anuncia el Programa de Febrero que contempla la construcción masiva de obras de infraestructura: carreteras, puertos, ferrocarriles, canales de riego, acueductos, hospitales y escuelas. Si bien el programa responde al clamor por la modernización, en aquel momento se trataba de darle respuesta a una transición política extremadamente difícil. El anuncio proporciona un alivio a las demandas populares, pero estas habrían de cobrar renovado vigor al poco tiempo.

El 4 de abril, Machado dicta una conferencia en el Teatro Nacional sobre la democracia. Comienza su exposición con una advertencia que causa asombro: “Yo soy comunista. Hoy no vengo, sin embargo, a hacer propaganda pues todo ustedes saben que la constitución gomecista vigente en el inciso 6 del artículo 32 dice textualmente: ‘queda también prohibida la propaganda del comunismo’”. Prosigue:

...sospecho que algunos de los presentes habrán de sufrir una decepción; unos vendrían seguramente con la maligna esperanza de verme enredado en las mallas rehabilitadoras del procedimiento penal. No pocos serán los que llegaron con la secreta fruición de presenciar un espectáculo de feria, de ver una especie de Frankenstein que desayuna con recién nacidos a la parrilla, que urde siniestros complots dinamiteros para volar la catedral cuando la multitud de fieles arrodillados recibe la comunión, que incendia o manda incendiar las verdes laderas del Ávila y que –por último– desde un calabozo del Castillo de San Carlos, a través de ondas misteriosas, ordena y dirige los saqueos que tuvieron lugar el 14 de febrero en diferentes ciudades de la República y no pocos serán –quizá la mayoría de la concurrencia– los que fueron atraídos por la campaña de injurias y calumnias con que nos honra –me honra particularmente un sector histórico y vocinglero del fascismo criollo.

NACEN LOS PARTIDOS

Las fuerzas sociales que se disputan la hegemonía del escenario postgomecista entran en juego a través de los partidos políticos. Se constituye la Unión Nacional Republicana (UNR) con una oferta democrática y liberal. Sus promotores son Martín Pérez Guevara, Leopoldo García Maldonado, Esteban Palacios Blanco, Nicomedes Zuloaga, Oscar Augusto Machado, Enrique Tejera y Mario García Arocha. Plantean el respeto a las garantías individuales y la modernización del sistema policial; el voto para las mujeres solo en las elecciones municipales; la no reelección presidencial; la reforma educativa, y la creación de la carrera administrativa y diplomática. A los pocos días se constituye el movimiento de Organización Venezolana (ORVE), en el cual confluyen los luchadores de izquierda con una propuesta democrática avanzada y la concepción de un partido policlasista. En un acto público en el Nuevo Circo interviene Rómulo Betancourt. El escritor Mariano Picón Salas asume como Secretario General de la nueva organización. En su primera etapa, ORVE define una línea moderada como una manera de abrir un canal que facilite la inserción en la democracia de los sectores progresistas del lopecismo. En esta política gravitan las ideas de Alberto Adriani y Picón Salas. Al poco tiempo, Adriani participa en el nuevo gabinete y Picón Salas se retira en desacuerdo con el llamado a la Huelga General de junio. La segunda etapa del partido la asume directamente Rómulo Betancourt como Secretario General, acompañado por Juan Oropeza, Inocente Palacios, Gonzalo Barrios, Luis Beltrán Prieto, Raúl Leoni, Juan Pablo Pérez Alfonzo y María Teresa Castillo. Promueve acciones junto con otras organizaciones de izquierda en procura de un frente único. ORVE sucede al ARDI de Barranquilla, y abre paso al Partido Democrático Nacional (PDN), génesis de Acción Democrática.

Machado y de la Plaza promueven el Partido Republicano Progresista (PRP), que reproduce los planteamientos del PRV del exilio: una dirección marxista-leninista con una estructura abierta a factores democráticos diversos. En buena medida, la nueva organización se emparenta con los propósitos de ORVE. Miguel Acosta Saignes y Mario García Arocha fungen como sus promotores. En la asamblea constitutiva, el comité directivo es encabezado por Rodolfo Quintero, Ángel J. Márquez y Ernesto Silva Tellería, declara militancia comunista y por Augusto Malavé Villalba y Francisco Olivo, quienes después serían destacados sindicalistas de Acción Democrática. El PRP propone la creación de un frente popular, estrategia que impulsa con fuerza la Internacional Comunista para enfrentar el peligro del nazi-fascismo

En Maracaibo se crea el Bloque Nacional Democrático dirigido por Isidro Valles, Valmore Rodríguez, Felipe Hernández, Espartaco González Pacheco, Olga Luzardo y Aníbal Mestre Fuenmayor. Se proponen darle forma a la organización del movimiento obrero petrolero y luchar por el afianzamiento de las libertades democráticas. El BND sella una alianza con el Partido Comunista de Venezuela en la clandestinidad, cuyas actividades fueron reforzadas con la presencia de Fuenmayor y Kotepa Delgado. El acuerdo marca la construcción del PCV clandestino en contraposición a las tesis del PRP y profundiza las diferencias por el liderazgo entre Machado y Fuenmayor, que habría de entorpecer durante varios años la unidad orgánica del comunismo venezolano.

El cuadro partidista se completa con otras iniciativas de derecha que establecen un equilibrio con los grupos recién fundados de orientación izquierdista. Los viejos caudillos promueven el Gran Partido Liberal, legalizado de manera inmediata y liderado por el General J. M. Ortega Martínez. Surge el Partido Liberal Amarillo Histórico para rescatar las tradiciones del liberalismo decimonónico, que encabeza Fernando Márquez, Filemón Núñez Ponte y los

jefes militares, General Luis Barben, Abrahám Arreaza y los coroneles Julio González, Julio S. Sarria y Mario Márquez Rincón. La intensa actividad de la FEV, con su inequívoco sesgo de izquierda, provoca el deslinde con un sector que invoca una conducta política distinta frente al nuevo gobierno y con una inclinación claramente inspirada en la Falange española. Nace entonces la Unión Nacional Estudiantil encabezada por Rafael Caldera, Pedro José Lara Peña, José Antonio Giacopini Zárraga, Eduardo Acosta Hermoso, Héctor Santaella, Lorenzo Fernández y Tomás Enrique Carrillo Batalla, quienes advierten sobre el peligro del comunismo presente detrás de las acciones que se desarrollan en toda la nación. Con el estímulo directo de López Contreras se organiza la Liga de Defensa Nacional que convoca a luchar contra el “dragón comunista”. En primera fila aparece el médico José Izquierdo y en la junta directiva destacan los generales Juan Bautista Araujo, Víctor Manuel Baptista, Domingo Monagas, Pedro Ducharne y, entre los civiles, el joven Rafael Caldera.

En paralelo se constituye el Partido Nacionalista (ParNac) que hace causa común con la Liga de Defensa Nacional, encabezado por Pedro José Rojas, Oscar Larrazábal, Carlos Navas Spínola, Feliciano Pacanins y el General y Doctor Roberto Vargas. Entre sus principales animadores figura el polémico editorialista Ramón David León, director del diario *La Esfera*. La organización procura capitalizar la emoción popular que logró despertar años atrás el carismático “Mocho” Hernández.

La aparición de estos partidos introduce una modificación significativa en una correlación de fuerzas que hasta ese momento era desfavorable a López Contreras. Ahora, el mandatario contaba con un mayor campo de maniobra para actuar contra los grupos de izquierda, cuya prédica había calado en sectores de la población contagiados por un nuevo tiempo después del largo eclipse gomecista, y en sintonía con los torrentes ideológicos que refrescaban el contexto internacional.

“CALMA Y CORDURA”

López Contreras logra la estabilización de su gobierno cuando el Congreso heredado de Gómez y retocado con la incorporación de nuevos parlamentarios, discute la nueva Constitución que acorta el período presidencial de siete a cinco años; consagra la prohibición de la reelección; incorpora derechos sociales novedosos, así como la confiscación de los bienes de los gobernantes hasta 1935. Como compensación, en el texto se amplía la reforma de 1928 referente a la ideología comunista. En el inciso 6 del artículo 32 se establece: “la prohibición de cualquier propaganda encaminada a subvertir el orden político o social, y se consideran contrarias a la independencia, a la forma política y a la paz social de la nación las doctrinas comunistas y anarquistas, y los que las proclamen o practiquen serán considerados como traidores a la patria y castigados conforme a las leyes”.

De esta manera, López podía gobernar con el lema de “calma y cordura”. Mientras daba respuesta a los reclamos nacionales reforzaba los mecanismos de la represión para debilitar un movimiento de masas, cuya dirección permanecía en manos de la izquierda.

El mes de mayo se produce una exitosa huelga contra el proyecto de Ley de Defensa Social y en junio el Paro General contra la Ley de Orden Público y Ejercicio de los Derechos Individuales, conocida como “Ley Lara”, por el nombre del Ministro del Interior Alejandro Lara. Ese día, más de veinte mil personas toman de nuevo las calles y plazas caraqueñas para rechazar no solo la ley propuesta, sino para exigir, además, la disolución del Congreso, el impulso a una nueva Constitución y la convocatoria a elecciones generales para reorganizar los poderes públicos. La huelga cobra caracteres casi insurreccionales. En la dirección política se repara tardíamente en el error que significó permitir la instalación de un Congreso heredero del gomecismo y no levantar en cambio, con el apoyo activo de las masas, la bandera de una constituyente, que de haberse dado, hubiese representado

una alteración real de los factores de poder. En aquel momento ORVE, el PRP y UNR compartieron la tesis de Betancourt de ir al Congreso “con el pañuelo en la nariz”. Adoptaban de esa manera una línea inexplicablemente conciliadora que habría de revertirse a la larga contra las posibilidades de crecimiento de la izquierda organizada. De la misma manera que López Contreras jugaba al ensayo y error, la dirigencia opositora daba respuestas coyunturales y generalmente erráticas. Cobraba fuerza entonces la propuesta de un partido único de las izquierdas.

En agosto de ese año 1936 se realiza un mitin para informar la constitución de una agrupación unitaria con el nombre de Partido Democrático Nacional. El Partido Comunista, que actuaba clandestinamente en el Zulia, quedaba excluido. En el nacimiento de la organización están Sandro Oropeza Castillo, Francisco Quijada, Isidro Valles, Miguel Otero Silva, Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba. Al mes siguiente se darán a conocer los dirigentes del PDN: Jóvito Villalba (Secretario General); Rómulo Betancourt (organización); Rodolfo Quintero (trabajo); Carlos Augusto León (propaganda); Carlos D’ascoli (relaciones interiores); Juan Oropeza (prensa), Mercedes Fermín (femenina), y Francisco Olivo (campesino). La solicitud de legalización es negada por la Gobernación del Distrito Federal, alegando que sus integrantes son “todos comunistas”. La alta combatividad de los sectores populares durante un año de incansable ejercicio en las calles entraba en un plano inclinado y la apelación unitaria de sus dirigentes se hacía a destiempo. López Contreras no requería ganar más espacio ni recurrir a recursos engañosos para neutralizar y acorralar a quienes dilapidaban una inmensa capacidad de convocatoria por obra de la inmadurez más que de la precipitación.

LA HUELGA PETROLERA

El 4 de diciembre se inicia la huelga de los obreros petroleros. Se ofrece una nueva oportunidad para retomar la movilización colectiva. Se paralizan las actividades en Cabimas, Lagunillas, Mene Grande, Maracaibo, Casigua, San Lorenzo, Mene Mauroa y los buques de transporte. El origen del conflicto era la demanda de reivindicaciones laborales pero, en el marco de la crispación nacional, termina por transformarse en una vigorosa jornada política. Juan Bautista Fuenmayor registra: “Jamás Venezuela había contemplado un frente unido más amplio, fervoroso y combativo, que aquel de diciembre de 1936, todo lo cual hacía presagiar una victoria popular en toda la línea, pues se trataba de un auténtico frente nacional contra el imperialismo.”

El paro se prolonga por veintisiete días. El 22 de enero del nuevo año el gobierno dicta un decreto que ordena el regreso a las labores. Se les reconoce un bolívar diario a los obreros que devengaban 7, 8 y 9 bolívares y un bolívar adicional para los que no ocuparan viviendas de las empresas. El año 1937 le abrió a López Contreras la posibilidad definitiva de avanzar en el objetivo de reducir la oposición revolucionaria. Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Carlos D’ascoli y otros dirigente son detenidos El gobernador del Distrito Federal, Elbano Mibelli anuncia una resolución que revoca la autorización de las actividades de ORVE, PRP, Federación de Estudiantes, el Frente Obrero y el Frente Nacional de Trabajadores. En el Zulia se hace lo propio con el BND, sobre cuyos hombros, junto con los comunistas, había descansado el peso de la acción huelguista.

El gobierno ya no tiene regreso. El 13 de marzo se expulsa del territorio venezolano por el término de un año “por estar afiliados a la doctrina comunista” y considerarlos “perjudiciales para el orden público” a Miguel Acosta Saignes, Manuel Acosta Silva, José Hermenegildo Briceño, Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios,

Gabriel Bracho Montiel, Manuel Antonio Corao, Alfredo Conde Jahn, Salvador de la Plaza, Francisco José “Kotepa” Delgado, Jesús González, Germán Herrera Umérez, Luis Hernández Solís, Carlos Irazábal, Ramón Abad León, Raúl Leoni, Gustavo Machado, Guillermo Mujica, José Antonio Mayobre, Fernando Márquez Cairos, Rafael Martínez, Augusto Malavé Villalba, Manuel Ramón Oyón, Miguel Otero Silva, Alejandro Oropeza Castillo, Inocente Palacios, Rodolfo Quintero Quintero, Ramón Quijada, Valmore Rodríguez, Eduardo Recagno, Félix Saldivia Gil, Luis Troconis Guerrero, Jóvito Villalba, Simón Betancourt, Ismael Pereira Álvarez, Antonio Moya, Aníbal Maestre Fuenmayor, Isidro Valles, Felipe Hernández, Carlos Rovatti, Juan Oropeza, José Tomás Jiménez Arráiz, Hernani Portocarrero, Carlos Augusto León y Alfredo Escuraina. La Federación de Estudiantes organiza movilizaciones y en una carta a López Contreras lo acusa de ser “personero de una nueva tiranía”. Se produce un paro de los obreros de artes gráficas y la policía clausura vanos focales sindicales. El 26 salen los primeros expulsados en el vapor *Flandre* con visas de transeúnte para México y Panamá. Betancourt burla la vigilancia policial y se queda en Caracas al frente del PDN clandestino. Fuenmayor, Otero Silva, “Kotepa” Delgado y Mayobre también se sumergen en la sombra para reestructurar finalmente una alternativa comunista. Termina así la llamada “luna de miel democrática”. Machado retorna a México de nuevo como perseguido político.

Medina, Betancourt y Delgado

Machado se radica nuevamente en Bogotá en 1939. Establece contacto con los comunistas colombianos y los dirigentes liberales Eduardo Santos y Jorge Eliécer Gaitán. Funda la librería “José Martí” que distribuye libros, revistas y documentales soviéticos. Colabora en el *Diario Popular* del Partido Socialista Democrático. En su librería se reúne una peña de escritores y políticos que sigue con atención los episodios de la Segunda Guerra Mundial. En octubre de 1942 muere en Caracas su madre María Morales de Machado. Se le permite regresar para asistir solamente al entierro y se le prohíbe la participación en actos públicos. En esos días fallece Carlos León. Machado escribe en el semanario *Aquí Está*: “La definida posición del Dr. León, contraria a los atropellos y chanchullos que preparaban el primer continuismo de Gómez y su estrecha amistad con los estudiantes lo llevaron a La Rotunda, donde permaneció por largos años. Fue allí donde tuve la oportunidad y el honor de conocer y trabar amistad íntima con este venezolano ejemplar”.

Regresa definitivamente al país en 1944. Se incorpora a los esfuerzos para unificar al Partido Comunista a punto de ser legalizado. Llega a Cuba Ladislao González Carvajal a cumplir una labor de cohesión de los factores marxistas-leninistas dispersos, parecida a la que en los años veinte realizara el mexicano Flores Magón con los comunistas cubanos. González permanece un año en el país. La sucesión de Medina Angarita desata una crisis impredecible. Fracasan los esfuerzos por una candidatura de consenso entre el partido de gobierno y AD en torno a Diógenes Escalante. La candidatura de Eleazar López Contreras sube la temperatura política. Por una parte debilita al medinismo, y por la otra constituye un trapo rojo para los partidos democráticos y acelera los manejos conspirativos de

los jóvenes oficiales de la Unión Militar Patriótica que plantean la modernización de la institución castrense y no ocultan su intención de tomar el poder si fuere posible. Betancourt advierte desde *El País*: “López es como los borbones, que ni aprende ni olvida”. Finalmente, el partido oficialista —el PDV— escoge a Ángel Biaggini con el apoyo del recién legalizado Partido Comunista Venezolano y del Partido Comunista de Venezuela (ambas, fracciones del marxismo venezolano) en proceso de legalización. Por su parte, Acción Democrática planteaba la tesis de un candidato extrapartido escogido en mesa redonda entre los partidos y sectores representativos que gobernarían hasta 1946, previa la indispensable reforma de la Constitución, y que presidiría la elección del nuevo Presidente constitucional y los miembros de los cuerpos deliberantes por la vía del sufragio universal y secreto. El oficialismo rechazó la propuesta por considerarla “un pacífico golpe de Estado”. Se habían dado, sin embargo, las condiciones para el golpe de Estado no pacífico del 18 de octubre de 1945 que derrocaría a Medina y habría de llevar al poder a la Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt.

Se abre una etapa inédita en Venezuela. Los comunistas de la tendencia de Fuenmayor, cercanos a Medina, expresan sospechas sobre la evolución de los acontecimientos. Machado considera en cambio que, de cumplirse las promesas del nuevo gobierno, se iniciaría un período verdaderamente democrático que ya resultaba históricamente necesario. Se unifican las tendencias comunistas y el PCV designa una Secretaría General colegiada que integran Fuenmayor, Machado y Jesús Farías. Nacen Copei, URD y otras organizaciones menores. Machado es electo a la Asamblea Constituyente, luego es escogido como diputado al Congreso Nacional, y como candidato presidencial en las elecciones de 1947. Su postulación compite con Rómulo Gallegos y Rafael Caldera. Si bien ella tenía un sentido simbólico, permitió la estructuración y la expansión de los comunistas a nivel nacional.

En 1948 se funda *Tribuna Popular* y Machado asume su dirección. Son importantes sus opiniones condenando el sectarismo adeco y alertando sobre los riesgos de la regresión militarista. Aquel fue un año de extrema radicalización de la política. Machado habla reiteradamente sobre la inminencia de un “golpe frío”. Se fortalece el sector de Marcos Pérez Jiménez, quien desde 1945 construye un proyecto propio inspirado en las tesis del desarrollismo militar de la escuela de Chorrillos en Perú. Días antes de ser derrocado, Gallegos le confiesa a Rafael Caldera: “el hombre de presa nos acecha”. El 24 de noviembre cae el gobierno del educador y novelista y asume el poder la Junta Militar presidida por Carlos Delgado Chalbaud.

El PCV condena el golpe y se prepara para enfrentar otra dictadura. No obstante, sus dirigentes confían en las promesas de Delgado Chalbaud, según las cuales habría de conducir una transición con respeto por los derechos ciudadanos. Dos días después de los sucesos, Delgado Chalbaud le confesó a Luis Miquilena, quien entonces pertenecía a los llamados “comunistas negros”, que su propósito era enfrentar los factores regresivos del pasado. Antes de la huelga petrolera de 1950 hizo llegar a Machado y a Pompeyo Márquez en la redacción de *Tribuna Popular* un mensaje a través de Rafael Chicho Heredia, en el cual advertía que la acción huelguista facilitaría los planes de sus adversarios y que ella tendría efectos catastróficos para los partidos. Ciertamente fue así. El 13 de abril es clausurada indefinidamente *Tribuna Popular* y el 13 de mayo se ilegaliza el PCV. El 13 de noviembre asesinado Delgado Chalbaud. El mandatario fue secuestrado en las inmediaciones del Country Club y trasladado a la quinta “Maritza” en Las Mercedes, propiedad del millonario petrolero Antonio Aranguren.

El jefe de la operación era Rafael Simón Urbina, el temerario compañero de Machado en la toma de Curazao y las guerrillas corianas. Urbina, al frente de un grupo de sus secuaces, se proponía secuestrar a Delgado y provocar de esta manera un vacío de

poder. Esa mañana la suerte lo traicionó en la ruleta de la violencia. Trasladado desde la embajada de Nicaragua hasta la cárcel Modelo terminó cosido a disparos. Las conclusiones de la autopsia establecen:

...herida penetrante del cráneo por arma de fuego con fractura de los huesos del cráneo y destrucción de la masa encefálica, con orificio de entrada a nivel de la nuca y orificio de salida a nivel del ángulo interno del ojo derecho. Herida torácico-abdomino-lumbar por arma de fuego, con orificio de entrada a nivel de la cara anterior del hemitórax derecho y orificio de salida a nivel de la región lumbar izquierda con herida del pericardio, del diafragma, del lóbulo izquierdo del hígado y del tejido retrorenal izquierdo. Fractura abierta de la extremidad inferior de la pierna derecha. Herida superficial por arma de fuego de la región temporoparietal derecha y herida por arma de fuego en la región tenar de la mano derecha.

El PCV condena el acto terrorista: “los primeros frutos del atentado criminal han empezado a producirle daño al pueblo venezolano. Las escasas garantías que habían sido teóricamente restablecidas han sido de nuevo suspendidas, el toque de queda ha vuelto a cobrar vigencia y nuevas restricciones pueden ser adoptadas de acuerdo a las conveniencias de los grupos gobernantes”. El documento llamaba a la formación de un poderoso movimiento unitario de todos los sectores progresistas y democráticos, AD, URD, independientes, medinistas, para la conquista de una consulta electoral donde participen todas las fuerzas políticas del país”. La Junta de Gobierno presidida por Germán Suárez Flamerich prepara durante dos años el terreno para la elección de la Asamblea Constituyente del 30 de noviembre de 1952, que desembocó en el fraude que desconoció la victoria de las planchas de URD y dio paso a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Colonia Cuauhtémoc

El 21 de diciembre de 1950 Gustavo y su hermano Eduardo son detenidos por la Seguridad Nacional y llevados a la cárcel Modelo. Adecos y comunistas inician una comunidad familiar en los calabozos del perezjimenismo. En junio de 1951 ambos son expulsados a México. Un mes después, Machado se pone al frente de *Noticias de Venezuela*, una publicación promovida por los exiliados comunistas.

Mientras en Venezuela era imposible tener acceso a los hechos políticos por una implacable censura, a través de las páginas de este vocero se conocían desde México los hechos más significativos que ocurrían en el ámbito nacional. Machado ejerce la dirección junto con el historiador Germán Carrera Damas, quien además tenía el control de las ochenta y dos células comunistas que operaban en territorio mexicano. El periodista y dirigente estudiantil Jesús Sanoja Hernández llega a Ciudad de México y se incorpora activamente al equipo editor. El poeta Bustos, un viejo militante revolucionario amigo de Machado desde los anteriores exilios, se encarga de la composición gráfica.

En 1952, Machado viaja de nuevo a la Unión Soviética para asistir a XIX Congreso del PCUS. Es pleno tiempo de la Guerra Fría, de la consolidación de los Estados anexados por Moscú como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial; de la insurgencia del macartismo en los Estados Unidos y su secuela en otros países. Renueva contactos con la dirigencia soviética y le corresponde trazar un cuadro desalentador de la situación que se vive en América Latina, caracterizada por la consolidación de dictaduras militares. Regresa a la capital mexicana y el 30 de octubre del 53 contrae nupcias con Elsa Vera Fortique. Se instala en Nazar 208, apartamentos 1 y 2, Nilo y Ganges, Colonia Cuauhtémoc y dedica sus esfuerzos a consolidar

el periódico. Se vincula estrechamente con el ya numeroso grupo de exiliados adecos y comunistas, que se incrementa después del cierre de los campos de concentración de Guasina y Sacupana. Refresca la amistad con Andrés Eloy Blanco, compañero de estudios, contendor en debates en la Asamblea Constituyente y contertulio en las “farras revolucionarias” habaneras; y con el expresidente Rómulo Gallegos, su adusto profesor y luego compañero en infatigables contingencias políticas. Frecuenta al expresidente mexicano Lázaro Cárdenas, bajo cuyas órdenes actuó en las operaciones militares de Michoacán y con quien también compartió en 1938 la celebración de la nacionalización del petróleo. Su casa se convierte en lugar de encuentro de perseguidos y combatientes no solo venezolanos, sino del resto de América Latina y de España, que siempre encontraron en México el afecto de una “segunda patria”. Muchos de esos amigos recuerdan los tiempos de la solidaridad con la causa de Sandino y la corta pero intensa campaña contra los “cristeros”.

Machado dedica su tiempo a *Noticias de Venezuela*. Mantiene la campaña a favor de los presos políticos, y la libertad de su camarada Jesús Farías se convierte en consigna continental. Se integra cada vez más al exilio mexicano en compañía de dirigentes de Acción Democrática. La trágica muerte de Andrés Eloy Blanco le afecta de manera especial. Con su viejo amigo seguía día a día los acontecimientos venezolanos. Ante el trágico hecho escribe: “En el exilio, el hondo contenido nacional de su obra, lejos de debilitarse, adquiere nuevos y subidos tonos que lo afinan más y más en el ánimo popular y en la juventud. Se fianza así como su poeta. Es hoy el poeta de Venezuela, de sus costumbres y tradiciones, de sus penas y alegrías. Ello, para la rabia e impotente ira de quienes, en su afán colonizador, quieren destruir nuestro sentir nacional”. Su casa es frecuentada por dirigentes comunistas y antiimperialistas de los años 20 y 30. Uno de ellos es Ladislao González Carvajal, el factor unificador de los comunistas venezolanos en 1946. Recuerda Alcides Villalba

Vera, su hijastro, que una noche llegó a la habitación y encontró que en su cama dormía un desconocido. Su madre Elsa le explicó que se trataba de una emergencia y que el extraño huésped apenas estaría pocas horas y había sido llevado por González Carvajal. Al día siguiente, muy temprano, un hombre de bigote ralo y ligero de equipaje se presentó como Ernesto Guevara y le mostró un mapa de la ciudad con los lugares donde debía ir sin pérdida de tiempo. Guevara había entrado por Tapachula desde Guatemala. En la capital guatemalteca estuvo al lado del derrocado presidente Jacobo Árbenz, y ejerció varios oficios además de su condición de médico, entre ellos, vendedor de imágenes del Cristo negro de Esquipulas, un santo milagroso venerado por los pobres. Meses antes, había permanecido unas semanas en San José de Costa Rica. Allí se hizo habitual en la Soda Palace. Solicitaba visa para viajar a la Unión Soviética y hacer un postgrado en Medicina. Poseía ya pasaporte mexicano y atenuaba sus penurias aplicando lo que él llamaba “la técnica del cambiazo” (un recurso parecido al “paquete chileno”) para poder cubrir los gastos de la pensión. Orlando García, también refugiado político, le cuenta al periodista Pastor Heydra, en una serie de reportajes publicados en *El Diario de Caracas*, que un día él remitió a Guevara y Gustavo Arcos a Fidel Castro en los Altos de Vicente Toledano en Ciudad de México. Tanto Arcos como Guevara se sumaron a la expedición del *Granma*. Ernesto (entonces no se le conocía como “el Ché”) debía pasar previamente por Ciudad de Guatemala donde lo esperaba su compañera, la activista del APRA, Hilda Gadea. La mañana que Villalba hizo junto a él el largo recorrido por la avenida Insurgentes lo dejó precisamente a la puerta del apartamento de una amiga de Hilda, quien habría de ser por muchos días su protectora junto al resto de los antibatistianos. Se trataba de la escritora venezolana Lucila Velásquez.

Esplendor y ocaso

La consolidación de la dictadura de Pérez Jiménez comienza en firme con la aplicación de la política de “transformación del medio físico”, exaltada por el ministro Vallenilla Lanz en sus editoriales en el diario *El Herald*o. El otorgamiento de nuevas concesiones de hidrocarburos; la guerra de Corea, el conflicto del Canal de Suez, y la conversión del petróleo en una fuente estratégica de energía, abulta los ingresos fiscales que se destinan a un agresivo plan de obras públicas en su mayoría ornamentales. Venezuela se abre a una modernización impensable. Se facilita la inmigración masiva procedente de España, Italia y Portugal, aventada por la postguerra. El resultado fue veloz. Caracas (pareciera que por la travesura de un taumaturgo) se transforma de una ciudad de modestas dimensiones en la capital más futurista y moderna de América Latina. Johnny Quiróz compone su pasodoble. “*Bella Caracas bajo tu cielo, tu luna y tu sol / todas las razas buscan fortuna, ventura y amor...*”. Un hombre insospechable de devaneos militaristas como el expresidente colombiano Alberto Lleras Camargo escribe en la revista *América* en 1954: “Quienes vieron a Caracas hace seis meses no la reconocen ya. Porque alguna gran vía, cortando las casitas de tierra, adobe o ladrillo, ha cambiado la faz de tal manera que resulta tan extraña como los rostros sometidos a cirugía plástica”. La expansión de la construcción hace que cientos de miles de venezolanos abandonen el campo y las ciudades del interior y conformen lo que posteriormente se conoce como los cinturones de miseria”. Pérez Jiménez logra un apoyo cada vez más sólido del presidente Dwight D. Eisenhower, quien le confiere la más alta condecoración de los Estados Unidos y envía al Secretario de Estado John Foster Dulles a la X Conferencia Interamericana. Desde el exterior, los opositores mueven todas sus

influencias para descalificar la cita hemisférica, cuyo principal objetivo era avalar la intervención norteamericana contra el gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala, la cual se materializó posteriormente con la invasión encabezada por el Coronel Carlos Castillo Armas desde territorio hondureño. La obsesión anticomunista del senador Joseph McCarthy se expandía por el mundo.

El escenario no podía ser más desolador para los grupos de la resistencia. La mayoría de la dirigencia de AD permanecía en el exilio, así como las figuras más reconocidas del PCV encabezadas por Machado, quien persistía tenazmente con la edición de *Noticias de Venezuela* desde Ciudad de México. Los dirigentes adecos enviados en misiones clandestinas no encontraban terreno fértil para las operaciones conspirativas y sin complicaciones eran atrapados por las redes de la Seguridad Nacional. Para el más despistado observador, el régimen de Pérez Jiménez tenía despejado el horizonte por un largo tiempo.

El 31 de diciembre de 1955, Pompeyo Márquez, con el nombre de Santos Yorme, inicia una gira de varios meses que comienza en Colombia y culmina en China. Alonso Ojeda Olaechea se encarga de la conducción del partido. Curiosamente, Márquez no incluye en su itinerario a la capital mexicana, el núcleo más importante de los exiliados comunistas. Como justificación dijo, justamente, que allí no existían suficientes condiciones de seguridad. Machado, sin embargo, nunca entendió la explicación de Márquez. En el fondo, el dirigente sentía la necesidad de recobrar oxígeno como suelen hacer los boxeadores fatigados contra las cuerdas. En París establece contacto con el Partido Comunista y a través de Manuel Caballero y Rodrigo Mora se entrevista con Jacques Duolos, secretario del Partido Comunista Francés. Llega a Moscú sin invitación oficial y vive lo ocurrido durante el XX congreso del PCUS en febrero de 1956, en el cual Nikita Krushev presenta el informe secreto sobre Stalin. Márquez, su camarada Luis Emiro Arrieta y el

dirigente colombiano Gilberto Viera, conocen el documento. Los tres coinciden en que comienza un nuevo ciclo para el comunismo y que se derrumba lo que para ellos era una aberración del sistema, el culto a la personalidad. Márquez viaja a Pekín. Se confronta con una realidad distinta y le llama la atención la manera cómo la dirigencia china procesa sus diferencias internas. A su regreso a Venezuela está convencido de contar con nuevos instrumentos que le permitan afrontar la reconstrucción del PCV. Históricamente es posible establecer dos líneas de comportamiento en los comunistas venezolanos. La que se inicia con los Machado, de la Plaza y Otero Silva en el exilio antigomecista, y la que se desarrolla a partir de 1931 bajo la tutela de Fuenmayor, “Kotepa” Delgado, Mayobre y los hermanos Fortoul. La primera se nutre de la experiencia latinoamericana de la lucha antidictatorial y es mucho más flexible y creativa. La segunda cumple simplemente una función vicaria de los mandamientos moscovitas. Consecuente con la tesis frentista, el buró político clandestino se propone la creación de la Junta Patriótica para sumar los esfuerzos de los demás partidos opuestos a la tiranía. La tarea le es encargada a Guillermo García Ponce. La comparte con el dirigente urredista Amílcar Gómez, quien cede su representación, por razón de facilidad operativa, al periodista de *El Nacional* Fabricio Ojeda. AD Postula al dirigente sindical Moisés Gamero, pero luego la responsabilidad recae en el estudiante Silvestre Ortiz Bucarán. Copei es representado por el dirigente universitario Enrique Aristigueta Gramcko. La resistencia está focalizada entonces en las universidades. El movimiento obrero, salvo células dispersas en los campos petroleros, había sido destruido en la práctica por el aluvión de la construcción que arrasaba Caracas y la competencia de mano de obra extranjera. La Pastoral de Monseñor Rafael Arias Blanco el 1 de mayo de 1957, que cuestionaba la falta de una política social del régimen, comienza a imbricarse con otros factores que habrían de recalentar el ambiente: la Seguridad Nacional

ejerce la vigilancia de los jefes militares; Vallenilla Lanz incorpora al gobierno a tradicionales familias caraqueñas relegando apetencias del regionalismo andino, y Pérez Jiménez militariza el país de una manera real y simbólica a través de los valores de la eficiencia y la disciplina castrenses pero, además, con el uniforme, la música y hasta un concepto arquitectónico propio. Ya no es el jefe capaz de galvanizar a las fuerzas armadas de los años 1945-48. La desaforada política de construcción acumula una importante deuda interna. Es notorio el agravamiento de los problemas sociales y el abandono de la provincia. La situación económica internacional sufre reacomodos desfavorables como la reorientación del financiamiento hacia la reconstrucción europea; el macartismo paga el precio de su mala fama y son perceptibles los cambios en Washington en relación con las dictaduras. Perón se dedica a seducir bailarinas en Caracas. Odría, un año antes, entrega el poder en Perú al perder las elecciones contra Manuel Prado. En Brasil, Juscelino Kubitschek inaugura un estilo entonces extravagante de gobierno y agoniza el “Estado Novo” de Getulio Vargas. Rojas Pinilla no logra estabilizar su gobierno de fuerza en Colombia y Fulgencio Batista, en Cuba, se ahoga en la corrupción, la violencia de los pistoleros y el padrinazgo de la mafia internacional. Rafael Leónidas Trujillo y Anastasio Somoza (ambos sátrapas primitivos) representan ahora lo que en un momento fue la arrogante “Internacional de las Espadas”.

Pérez Jiménez debe resolver el tema de la sucesión presidencial de acuerdo a su Constitución de 1953. Vallenilla Lanz creyó tener la fórmula mágica para preservar la fachada legal de un gobierno modernizador y desarrollista, pero que políticamente repetía el ciclo de las dictaduras. De haberse aplicado entonces la técnica de las encuestas. Sin la menor duda, el dictador hubiera sido abrumadoramente favorecido por las simpatías populares para su reelección. La resistencia no elude el camino electoral. Betancourt, alentado por la reciente experiencia peruana, se inclina por un frente con

URD y Copei que propicie “una salida evolutiva y pacífica a la grave situación venezolana”. Establece sin embargo, como reclamos innegociables, “que se libere a los centenares de presos políticos, se permita el retorno de millares de exiliados, concluya la censura de prensa y se autorice el funcionamiento de los partidos”. No obstante, advierte: “no se aprecian síntomas de que el gobierno actual esté inclinado a adoptar esas medidas; por el contrario, se manifiesta obstinado en una política represiva”.

La tesis de la unidad no entusiasma a los partidos, ni siquiera a Jívito Villalba, jefe de URD, quien hizo de la palabra unidad un inmovible fetiche durante toda su vida. Copei no parecía dispuesto a arriesgar tampoco su estatus de único partido con vida legal y, además, en los medios políticos no se descartaba una eventual opción presidencial de Rafael Caldera. El PCV profundiza el trabajo de masas y las tareas de la Junta Patriótica. Después de varias reuniones con el alto mando militar, Pérez Jiménez llega a la conclusión de que la mejor salida era el plebiscito. Vallenilla Lanz y Rafael Pinzón redactan la ley electoral que establece la fórmula de inspiración bonapartista. El 4 de noviembre de 1957, desde el Congreso Nacional, con el argumento de que los partidos políticos son factores de desunión y que la pugnacidad es perjudicial para el “bien nacional”, se anuncia el acto electoral para el 15 de diciembre. Según el sistema, votarían los mayores de dieciocho años de ambos sexos y los extranjeros con más de cinco años de residencia en el país. La última condición fue recomendada por Juan Domingo Perón como una manera de asegurar la votación de miles de emigrantes susceptibles de ser controlados por el oficialismo.

Se designa un Consejo Supremo Electoral groseramente oficialista y votación se realiza mediante dos tarjetas: el voto aprobatorio con una de color azul, y el reprobatorio con una de color rojo. También se eligen los diputados al Congreso Nacional, los miembros de las Asambleas Legislativas y de los Concejos Municipales mediante la

simple presentación de listas. No existía registro previo y bastaba la cédula de identidad para consignar el sufragio. Pese a los esfuerzos desplegados por el gobierno, no fue posible crear condiciones electorales mínimas para la participación popular. El fraude del 30 de noviembre del 52 pesaba como un trauma insuperable para la población y nadie tenía confianza en que Pérez Jiménez, después de haber asumido por la fuerza el poder y presidir un gobierno que a ojos vistas tenía apoyo por sus logros materiales, estuviese en disposición de traspasar pacíficamente la Presidencia de la República. Menos aún, a un político perteneciente a un pasado que él se había propuesto borrar definitivamente. El plebiscito no motivó a los votantes y devino en una deplorable mascarada. Su organización y realización se redujo al estricto ámbito oficialista. Vallenilla Lanz destila cinismo: “prácticamente el plebiscito se realiza en los periódicos mucho antes que en las urnas”. Se refería a que en los días previos, las páginas de los periódicos fueron copadas por remitidos de apoyo a la reelección del gobernante por miles de ciudadanos en su mayoría extranjeros. El 20 de diciembre Pérez Jiménez es proclamado Presidente de la República para el período 1958-1963. El órgano electoral contó 2.374.790 votos a favor de Pérez Jiménez de un total de 2.924.985 papeletas escrutadas. Es decir, la dictadura se había legalizado según su propio marco constitucional.

Los partidos quedaban sin otra alternativa que persistir en la resistencia aplicando sus propias estrategias, pero disponían ahora de una dirección unitaria representada en la Junta Patriótica que agrupaba además organizaciones estudiantiles, sindicales e individualidades que habían permanecido hasta entonces al margen de la lucha contra el perezjimenismo. Paradójicamente, Pérez Jiménez consolidó una victoria de acuerdo a la legalidad de su régimen, pero entró en un proceso ya irreversible de ilegitimidad. Su reelección decretó a los pocos días su aparatoso derrumbe.

Golpes y contragolpes

El 1 de enero de 1958 se produce el alzamiento de la Fuerza Aérea en Maracay. Sesenta efectivos ocupan la base de Boca de Río. El Mayor Luis Evencio Carrillo concluye la cena de fin de año horas antes con una lacónica frase: “hay que defender la patria y no a un hombre”. La conspiración se venía urdiendo desde meses atrás en largas reuniones en el restaurant “Beer Garten” frente a la plaza Girardot. A las siete de la mañana fue desarmado y detenido el jefe de la base, Coronel Abel Romero Villate. A las pocas horas, un *Venus* del Escuadrón de Caza 36, piloteado por el Mayor Edgar Suárez Mier y Terán, sobrevuela Caracas. Era el anuncio para los complotados. A las pocas horas, cuenta el periodista Antonio Manrique:

Maracay estaba sumida en un ambiente revolucionario, con la gente en la calle persiguiendo a los “seguranales” [los agentes de la Seguridad Nacional, la policía política del régimen], policías y otros adeptos al régimen. Las puertas del cuartel Páez habían sido abiertas y muchas armas fueron tomadas por el pueblo maracayero. Militantes de AD, Copei (uno de los más activos era el abogado Godofredo González), PCV y URD, salidos de sus “conchas”, coordinaban las acciones de los civiles. El cuartel Sucre era el centro del fragor revolucionario. En sus calabozos estaban presos más de treinta integrantes de la Seguridad Nacional que el pueblo quería linchar. Desde Radio Maracay, Hugo Montesinos Castillo, oficial pasado a retiro por su antiperézjimenismo, arengaba al pueblo y leía consignas contra el “régimen dictatorial”.

Pérez Jiménez reúne su gabinete. Se comenta que la noche anterior han sido retenidos en sus comandos el General Hugo Fuentes y el Coronel José María Castro León, sobre quienes habría sospecha de actividades sediciosas. A las pocas horas son puestos en libertad. Hay incursiones aéreas sobre Miraflores, una de las cuales da en el blanco sobre la oficina presidencial. Un portero conocido como

“Perecito” se desploma carbonizado. El General Luis Felipe Llovera Páez ordena a uno de los edecanes: “llama a Martín Parada que está durmiendo en el Círculo Militar y dile que se traslade a Maracay a averiguar lo que sucede”. A los pocos minutos se guarda silencio. Parada, precisamente, encabeza la insurrección. José Giacopini Zárrega, amigo de Pérez Jiménez, hace su entrada. Es reconocido por su conocimiento milimétrico de las acciones militares cumplidas en Venezuela desde la Revolución Libertadora, y además participó en los golpes del 18 de octubre de 1945 y del 24 de noviembre de 1948. Sus consejos, en ese momento, resultaban valiosos.

Giacopini sostiene que más que la aviación, el movimiento debía tener una ramificación importante en la Infantería. A los minutos, el Gobernador del estado Miranda, General José Victorino Zambrano, se comunica con Vallenilla Lanz para informarle que su residencia en Los Teques había sido rodeada por una columna de blindados que se declaraban en rebeldía y anunciaban su avance hacia Miraflores. Al frente de ella se identificaba el joven oficial Hugo Trejo. Informaba también que la primera decisión de Trejo fue disponer del *Cadillac* de la gobernación y colocar en el parachoque delantero el letrero: “Comando Supremo del Ejército de Liberación”. Llovera Páez exclamó: “ese oficial seguro que está enratonado”. Sin embargo, el anuncio generaba preocupación. El Ministro de la Defensa, General Oscar Mazzei Carta, explicaba que un ataque de tanques sobre el Palacio podía significar una victoria de los rebeldes. Una pregunta es unánime por obvia. ¿Por qué Trejo tomó el camino de Los Teques y no avanzó hasta Miraflores si había movilizado el armamento y los efectivos en el cuartel Urdaneta, situado a solo cuerdas del Palacio? Cundían noticias, rumores y versiones cruzadas. A media tarde se conoce que el General Romero Villate ha retomado la base aérea y que Parada y un grupo de rebeldes huyen hacia Colombia. Trejo, en una operación que nunca pudo ser explicada, marchó hacia la capital aragüeña, donde fue apresado

por el General Roberto Casanova, Gobernador del estado Guárico, y quien tenía bajo control las guarniciones del centro del país. Se decide que Pérez Jiménez envíe un mensaje a los venezolanos. El mandatario, con el bastón de mando en la mano derecha, anuncia en cadena de radio y televisión el aplastamiento de la sublevación y sanciones ejemplarizantes para los insurrectos. Ciertamente, la acción de Maracay fue un fracaso militar pero exacerbó un clima político ya demasiado sensible. La reelección de Pérez Jiménez en el reciente plebiscito, que lo apuntalaba en el poder por cinco años más, debilitaba la influencia de Vallenilla Lanz y Pedro Estrada, y lo colocaba en manos de una alta jerarquía militar que no era de su entera confianza. Al día siguiente, en horas de la tarde, Hugo Trejo fue degradado junto a una veintena de oficiales como medida de escarmiento ante la joven oficialidad.

El día 9, un grupo de oficiales de la Armada, liderado por el Capitán de navío Eduardo Morales Luengo, desplaza varios destructores en La Guaira. Morales es detenido y en la noche se produce la renuncia del Gabinete y del Gobernador del Distrito Federal, Coronel Guillermo Pacanins. Al día siguiente, Pérez Jiménez se ve obligado a entregar el Ministerio de la Defensa al General Rómulo Fernández, uno de los oficiales de mayor influencia en el nuevo alineamiento del alto mando, Hernández presenta un memorándum con severas exigencias, elaborado conjuntamente con el historiador Carlos Felice Cardot, embajador en Colombia. El General Llovera Páez sustituye en el Ministerio del Interior al todopoderoso Laureano Vallenilla Lanz. El otro puntal civil de la dictadura, Pedro Estrada, viaja al exterior y lleva en sus archivos los comprometedores documentos de su gestión. Se organizan pequeñas manifestaciones en la plaza de El Silencio. El 12 de enero circula un manifiesto de escritores, profesores, ingenieros, médicos, abogados, farmacéuticos, estudiantes y empleados petroleros, redactado por el escritor Alexis Márquez Rodríguez.

Se produce otro golpe de timón: Pérez Jiménez destituye al ministro Fernández y él, personalmente, asume el Ministerio de la Defensa. La dictadura entra en el juego inestable de los golpes y contragolpes. El 17 de enero, la Junta Patriótica convoca una Huelga General para el día 21 con tres consignas: elecciones libres, libertad de los presos políticos y el regreso de los desterrados. El 20, Pérez Jiménez nombra al vicealmirante Wolfgang Larrazábal Comandante de las fuerzas navales. Nada más lejos de suponer que tres días después lo sucedería en la Presidencia de la República. Se inicia la huelga de prensa que debía anteceder al Paro General, el cual estalla el 21, tal como estaba previsto. Hay revueltas callejeras, manifestaciones, quema de autobuses y siguen sin circular los periódicos. Se impone el toque de queda desde las cinco de la tarde. Al día siguiente se repiten choques entre civiles y policías.

Se produce la sublevación de oficiales de mediano rango en la base naval de Mamo y la Comandancia General de la Marina en el Centro Simón Bolívar. El Capitán Vicente Azopardo está al frente de los marinos insurgentes y establece comunicación con sus compañeros de la conspiración en la Escuela Militar, el Capitán Felipe Párraga Núñez del Ejército y el Teniente José Luis Fernández de la Aviación, a quienes acompaña el activista civil Oscar Centeno Lusinchi. Informan al General Pedro José Quevedo, director del Instituto, de la acción subversiva. Quevedo conviene en que para la paz del país ya era necesario que Pérez Jiménez abandonase el poder. Pérez Jiménez llama telefónicamente a Quevedo y este se niega en varias ocasiones a atenderlo. El mandatario está convencido de que la escuela militar sublevada tiene un efecto psicológico decisivo en todos los componentes de las fuerzas armadas. El Coronel Adolfo Medina Sánchez, jefe del V Batallón Bolívar, le presenta un plan para recuperar la escuela. De haberse cumplido no cabe duda de que hubiera sido retomada por las tropas leales. Según cuenta el piloto presidencial, Mayor José Cova Rey, Pérez Jiménez le respondió a

Medina Sánchez: “prefiero irme antes que matar cadetes”. El dictador llama de nuevo, logra hablar con Quevedo y se definen los detalles de su salida, que coordina el teniente Fernández.

Era una sublevación aislada y sin mayor capacidad de fuego. La Junta Patriótica había perdido contacto con la mayoría de los enlaces comprometidos con la huelga. El buró político del PCV reunido en el edificio San Pedro de los Chaguaramos, integrado por Pompeyo Márquez, Eloy Torres, Alonso Ojeda Olaechea, Guillermo García Ponce y el líder universitario Héctor Rodríguez Bauza, hacen en la tarde un balance desfavorable de la jornada. Coinciden con el resto de los conspiradores que la huelga ha fracasado, pese a que en el centro de la ciudad había combates aislados y se movilizaban núcleos obreros desde la parroquia La Vega. Entrada la noche, Pompeyo Márquez recibe una llamada de Rodríguez Bauza, quien había salido a olfatear el ambiente. Identificado con su seudónimo, le dice: “sube a la terraza y espera una sorpresa en pocos minutos”. Márquez y sus compañeros se miran a la cara con desgano. Luego deciden ir a la parte superior del edificio. Al poco tiempo, ven las luces y oyen el estrépito de un avión que se tambalea bordeando El Ávila. Pérez Jiménez huía en la “Vaca Sagrada”.

En estricto sentido, Pérez Jiménez fue depuesto por un típico golpe de Estado, hasta el punto de que los integrantes de la Junta Militar que lo sustituyen fueron escogidos entre sus compañeros de mayor lealtad. Pero la decisión de irse llegó a ser el resultado de un clima de malestar pasivo que finalmente se tradujo en una movilización activa indetenible de las masas que ya no podía neutralizar políticamente y menos aún aplastar mediante el uso de las armas. La insurrección del 23 de Enero sorprende a los dirigentes de los partidos, incluso a los miembros de la Junta Patriótica. El Secretario General de Acción Democrática en la clandestinidad, Simón Sáez Mérida, establece una clara precisión: “la ruptura que produjo el inicio de la huelga del 21 y el proceso mismo, arrastró a las militancias

dormidas de los partidos, a los descontentos, y a los desempleados que ya eran significativos en el Área metropolitana por la crisis de la industria de la construcción, masas que no estaban organizadas pero que eran parte de la irritación nacional contra la dictadura y que se incorporaron sobre la marcha a la violencia callejera prácticamente por su cuenta”. Añade Sáez Mérida: “fue el día heroico de la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez. Los pequeños grupos de los frágiles partidos clandestinos que sí estaban dentro de una clara línea de acción, tomaron el liderazgo y se vincularon rápidamente a la calle y pudieron dar líneas y orientación al descontento y a la furia callejera hasta donde se pudo, pues la protesta se volvió una agresiva inundación”.

General antigolpista

La caída de Pérez Jiménez fue la conjunción de una serie de factores donde finalmente obró el “azar general”. El torrente popular era infinitamente superior a la capacidad de los partidos. Pérez Jiménez se marcha, pero ello no implica que se inicie necesariamente la construcción de la democracia. Los tres años de turbulencia civil entre el 45 y el 48 fueron solamente la prefiguración de las instituciones democráticas. Como dice la historiadora Felicitas López Portillo: “la democracia venezolana no estaba en pañales, sino en gestación”. No se trataba en propiedad del reencuentro con un sistema de libertades públicas sino de construir un nuevo modelo de gobierno. Había que levantar un andamiaje institucional sobre bases frágiles e inciertas. Betancourt advierte la complejidad de la coyuntura y propone la liquidación o ampliación de la Junta Patriótica, en la cual ve el embrión de un centro de dirección que podría inclinarse más a favor de las fuerzas desatadas por la contingencia que por las orientaciones de los partidos. Después de llegar a Caracas, el líder de AD es recibido por la dirección partido en Curazao. Allí conoce al Secretario General Simón Sáez Mérida, formado en las luchas antidictatoriales. Machado es uno de los primeros líderes históricos en regresar. Encuentra un país irreconocible. Junto a figuras históricas del viejo comunismo, es recibido por jóvenes inquietos y afanosos, muy distintos de aquellas promociones egresadas del riguroso catecismo bolchevique.

Una de las primeras medidas que toma la dirección del PCV (ya Pompeyo Márquez estaba encargado de la Secretaría General) fue la constitución de un frente militar de carrera. Se avecinaban tiempos de tempestades. El perezjimenismo y, en general, la derecha militarista estaba intacta, y la ausencia del dictador no significaba

de modo alguno que estos factores no siguieran ejerciendo el poder. Douglas Bravo (un joven que en 1948 escuchaba embelesado las hazañas de Nicaragua y Curazao contadas por Machado en la redacción de *Tribuna Popular*), es colocado al frente de esta misión. Debía reportar a Guillermo García Ponce, militante acerado desde los años cuarenta, y era natural que también lo hiciera a Gustavo Machado, quien encarnaba una leyenda de heroísmo revolucionario. El frente armado fue concebido para defender la democracia y evitar que el proceso que entonces comenzaba pudiera recaer en manos de la reacción golpista que mantenía casi indemnes sus fortalezas. El contacto con los oficiales fue menos difícil de lo que era de suponer, dadas las reservas naturales que existen entre un hombre de cuartel y un militante comunista. Ello se explicaba por la reciente alianza cívico-militar que había precipitado la huida de Pérez Jiménez. Por supuesto, la relación era más fluida con los miembros de la Armada. No por casualidad, Wolfgang Larrazábal, el marino más antiguo, ejercía la Presidencia de la junta provisional de gobierno y en el desplome de la dictadura habían sido decisivos algunos oficiales como Vicente Azopardo, Manuel Ponte Rodríguez y Miguel Rodríguez Olivares.

En la calle continuaba una frenética activación de las masas. La urbanización 2 de Diciembre fue ocupada por el pueblo y rebautizada como 23 de Enero. Centenares de desempleados por el colapso de las obras públicas organizan manifestaciones frente a Miraflores y hubo la necesidad de instrumentar un plan de emergencia para prevenir situaciones de violencia. La Junta Patriótica es ampliada a diecisiete miembros. El Presidente Larrazábal promete para fines de ese año elecciones con miras a una Asamblea Constituyente pero que finalmente se transforma en elección presidencial. El regreso de los líderes políticos promueve grandes manifestaciones. En abril es reemplazado sorpresivamente el subjefe del Estado Mayor Hugo Trejo (uno de los líderes de la rebelión del 1 de enero del 58), y

enviado a un cargo diplomático a Costa Rica. Crecen los rumores sobre sublevaciones y golpes de Estado, develados por una policía en formación y con la difícil tarea de sustituir a la siniestra Seguridad Nacional. En mayo, Eugenio Mendoza y Blas Lamberti, los dos miembros civiles de la Junta, renuncian y son sustituidos por Arturo Sosa y Edgar Sanabria. A los dos días dimite todo el gabinete para dar paso a su reestructuración. El 22 de julio se detecta un intento de insurrección encabezado por el Ministro de la Defensa Jesús María Castro León. En un documento plantea la ilegalización de Acción Democrática y el Partido Comunista; la vigencia de las disposiciones represivas de la dictadura y propone que la Presidencia sea asumida por el empresario Eugenio Mendoza. Este se niega y se retira definitivamente del gobierno. Los estudiantes toman las calles en defensa de la democracia, pero también para garantizar el orden público. La unión de estudiantes y trabajadores en una manifestación de más de 250.000 personas en El Silencio obliga a la renuncia de Castro León y su salida del país. Entre los expulsados se encuentran Martín Parada (otro de los líderes del alzamiento aéreo de Maracay el 58) y Juan de Dios Moneada Vidal (exjefe de la primera sección del Estado Mayor Conjunto).

Machado sigue recorriendo el país. Inaugura locales, habla en concentraciones, recibe demostraciones efusivas de apoyo y desde *Tribuna Popular* denuncia las conspiraciones. Machado es ahora, ciertamente, el líder de un partido de arraigo popular. El 7 de septiembre lo coloca de nuevo en un plano estelar. A las 3:05 de ese día, el Coronel Marco A. Moro, jefe del Ejército, anuncia en cadena radial que hay un nuevo intento para derrocar la Junta de Gobierno. El oficial informa de la detención de los cabecillas del movimiento: Juan de Dios Moncada Vidal y Ely Mendoza Méndez, ambos expulsados días antes junto a Castro León.

El anuncio no se correspondía con la verdad y solo buscaba tranquilizar los ánimos. Los insurrectos asaltan *Radio Rumbos* y la

escuela de la Policía de Caracas. Se desata la indignación colectiva. La sede del PCV en la esquina de Llaguno es tomada por los golpistas. Machado, acompañado por Douglas Bravo, quien entonces le sirve de asistente, se apersona a las emisoras cercanas y exhorta a la defensa de la democracia. *Radio Caracas* se convierte en el centro de operaciones de los partidos. Por Acción Democrática llegan Raúl Leoni y Sáez Mérida. El mensaje del Frente Sindical Unificado es leído por José González Navarro y Rodolfo Quintero. Humberto Cuenca y dirigentes del Frente Estudiantil llaman a la movilización de calle. El Rector encargado de la UCV, José Luis Salcedo Bastardo, exhorta a la respuesta universitaria nacional. A la emisora llegan también Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt. Machado toma la calle como en sus mejores tiempos. La situación es confusa. El Presidente Larrazábal despacha desde la residencia de La Guzmanía en Macuto. Machado y Bravo llegan al Palacio Blanco en un ambiente de incertidumbre, bajo una gruesa descarga de artillería desde La Planicie, donde dirige operaciones Moncada Vidal. Los estudiantes y los obreros comienzan a concentrarse en la universidad y los sindicatos. Hay disparos, muertos, gritos y protestas. Si el golpe de Castro León murió en el congelador, ahora los golpistas disponen de condiciones para una confrontación sangrienta. Fabricio Ojeda llama a un acto de masas en la plaza O'Leary. En el centro del poder no se tiene certeza sobre los hechos. Guardando las medidas de seguridad, Edgar Sanabria, encargado de la Presidencia de la República, gatea sigilosamente sobre la alfombra y se acerca a Machado preguntándole con frecuencia: “¿Cómo van las cosas?”. Machado ordena a Bravo que establezca contacto directo con los insurrectos. Bravo ubica el teléfono de La Planicie y le pide a uno de sus asistentes hablar con el jefe rebelde. Se identifica como el Presidente Larrazábal. Al segundo, recibe como respuesta: “El Comandante Vidal dice que no habla con pen-dejos”. Sin pensarlo dos veces, repite la llamada ahora a Moncada Vidal con el nombre de Gustavo Machado. El insurrecto atiende

con el mayor respeto. Machado toma el teléfono y le recomienda rendirse ante la imposibilidad de que triunfe la conspiración. De mal humor, Moncada le expresa admiración por sus luchas pero le increpa el hecho de defender a un gobierno que, según él, tendría que ser derrocado. Las fuerzas leales, pero sobre todo las oleadas enfurecidas que ocupan las calles, imponen la rendición en horas de la tarde. Machado, acompañado por Bravo, se dirige hasta La Planicie. El líder insurrecto saluda respetuosamente a Machado y le hace entrega del arma. En el fusil *FAL* de Moncada Vidal se habían disparado todos los proyectiles.

Años de violencia

La reconstrucción de los partidos despeja el camino electoral. El 31 de octubre, las dirigencias de Acción Democrática, Copei y Unión Republicana Democrática suscriben el Pacto de Puntofijo en la residencia de Rafael Caldera. Las organizaciones firmantes se comprometen a defender la constitucionalidad, emprender un gobierno de unidad nacional y concurrir al proceso electoral con un programa mínimo común. El PCV es excluido. Días antes de la firma, Betancourt, Caldera y Villalba se reúnen con Machado en “Villa Clarita”, la casa del historiador Luis Villalba Villalba, y le plantean que no pueden suscribir documentos ni desarrollar acciones conjuntas con el PCV porque es un partido internacional. Ciertamente, si bien se reconocían los esfuerzos de los comunistas durante la clandestinidad, no era previsible que integraran una coalición de partidos que expresaban definiciones ideológicas diametralmente opuestas al comunismo.

Se trazan los planes de cara a las elecciones de diciembre. En el seno de AD cristalizan tres tendencias: la histórica, de la generación fundadora encabezada por Rómulo Betancourt; la intermedia que emergió en 1945 conocida como el Grupo ARS y que tuvo altas responsabilidades en la lucha contra la dictadura, y la corriente de izquierda encabezada por Domingo Alberto Rangel, Simón Sáez Mérida y el Buró Juvenil Nacional, de confesa vocación marxista. Se abre un paréntesis en busca de una opción unitaria. URD se adelanta y propone la candidatura de Wolfgang Larrazábal. En rigor, era la alternativa que mejor garantizaba la continuidad de la dinámica desatada tras la caída del dictador. Larrazábal había demostrado capacidad para los acuerdos y ejercía una clara influencia sobre los mandos militares. Pero además, su figura despertaba una

simpatía hasta entonces desconocida entre los sectores populares urbanos que eran, justamente, el motor de las protestas callejeras de aquellos meses y el factor disuasivo frente a las tentativas golpistas. Copei insistió en su estrategia de acumulación de fuerzas con la candidatura de Rafael Caldera. Larrazábal aceptó la postulación y Edgar Sanabria asumió la Presidencia de la Junta. A los pocos días, el marino recibió el apoyo del PCV. Betancourt, con un cuadro interno desfavorable, logró finalmente la nominación apelando al apoyo de sectores independientes y a su incuestionable prestigio como pionero de la democracia.

El resultado de las elecciones favoreció a Betancourt, pero ello de ninguna manera significaba el blindaje del proceso desencadenado el 23 de Enero. Todo lo contrario. La candidatura de Larrazábal ganó por amplio margen en Caracas, Miranda, Aragua y Carabobo, haciendo de URD la primera fuerza en esas zonas y convirtiendo al PCV en la segunda referencia electoral capitalina. AD ganaba por la consistencia de su maquinaria en vías de reconstrucción y porque ejercía el “cacicazgo rural”, en opinión de José Vicente Rangel en el diario *La Esfera*. Copei registró un discreto crecimiento. Desde este momento, Betancourt debía someter a prueba sus condiciones de estrategia. Estaba obligado a unificar el país contra el riesgo latente de la reacción golpista y el eventual incremento de la insurgencia popular. Pero no era él la expresión que mejor sintonizaba con una mayoría social activa, tal como lo habían demostrado las elecciones. El Pacto de Puntofijo le otorgaba un piso inicial nada desdeñable, pero se vería obligado a tomar decisiones económicas costosas, con inevitables consecuencias sociales y en términos de popularidad. Asumía la Presidencia, además, en el momento en que América Latina era estremecida por la victoria de Fidel Castro en la Sierra Maestra. Las relaciones entre los demócratas de Venezuela y Cuba se habían estrechado aún más en la lucha común contra las dictaduras de Pérez Jiménez y Fulgencio Batista.

A partir de 1958, Caracas se convierte en la capital de la solidaridad con los combatientes cubanos. En ella firman pactos los partidos antibatistianos, se constituyen juntas de gobierno en el exilio y se realiza la exitosa recolecta denominada “Un bolívar para la Sierra Maestra” que incorpora a los estudiantes, obreros y profesionales de todo el país. Larrazábal envió a Fidel Castro el primer fusil *FAL* que este tuvo en sus manos. En las montañas de la isla fueron descargados bultos de armas por aviones de la Fuerza Aérea Venezolana. Pero lo que resultaba más importante era que la intensa movilización en defensa de la democracia en Venezuela a lo largo de ese año se vinculaba emocionalmente en sus consignas con el destino de los combates que se libraban contra Batista. Ello explica por qué la presencia de Fidel Castro en Caracas, el 23 de Enero de 1959, provocó un júbilo casi comparable al que se registró con su entrada victoriosa a La Habana. Entretanto, en Venezuela, Betancourt iniciaba una gestión para consolidar la democracia representativa y de partidos, desarrollar una política exterior de respeto y convivencia e impulsar reformas económicas y sociales. La Revolución cubana, en cambio, reivindicaba la lucha armada como una vía eficaz de toma del poder, definía una línea de confrontación con Estados Unidos y respondía a una ideología claramente revolucionaria. Ello determinó desde el inicio las tensas relaciones entre los dos gobiernos. En enero de 1959, como lo sostiene Antonio Sánchez García, en Caracas se definieron dos líneas sobre las relaciones de América Latina con los Estados Unidos, que habrían de marcar el desarrollo político hemisférico en los años siguientes.

UN MANDATO PRECARIO

El PCV, fuera del gobierno y con una fuerza orgánica difícil de imaginar por obra de la orfebrería leninista, encuentra en la Revolución

Cubana un valioso aliado para presionar a favor de políticas más radicales en el interior del país. Lo mismo ocurre con la tendencia de izquierda en el seno de Acción Democrática. El efecto también rebota en URD, cuando Fabricio Ojeda, Presidente de la Junta Patriótica, se transforma en furioso propagandista de Castro.

A los pocos meses, Betancourt enfrenta manifestaciones de desempleados y agresivas protestas estudiantiles que son reprimidas. El 12 de abril de 1960 se divide AD con la disidencia del ala izquierdista que conforma el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). A los pocos días, el General José María Castro León entra por la frontera colombiana y toma por unas horas el estado Táchira. El 24 de junio, Betancourt salva la vida del atentado organizado por el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, su irreconciliable enemigo en la *vendetta* política caribeña. Es decir, Betancourt tenía que actuar con firmeza contra la derecha y, al poco tiempo también, contra la izquierda. Su mandato se hace excesivamente precario y debe recurrir a la suspensión de garantías y a medidas policiales excepcionales. La nueva Constitución Nacional, promulgada el 23 de enero de 1961, tiene vigencia tan solo por escasas horas. Miguel Otero Silva escribe ese día en la mancheta de *El Nacional*: “Pobre flor que mal naciste...”. Dos días después, el Coronel Edivaldo Ramírez protagoniza el alzamiento de la escuela y la policía militar y ocupa *Radio Rumbos*. La acción fracasa sin mayores repercusiones.

En marzo de ese año, se reúne el Tercer Congreso del PCV y analiza la posibilidad de la toma del poder. El trabajo militar realizado hasta ese momento estimulaba el optimismo de la dirigencia comunista. Guillermo García Ponce ha confesado que para este entonces ya se había establecido contacto con más de trescientos oficiales activos. Es decir, existían condiciones pragmáticas para avanzar en una estrategia que, en teoría, parecía temeraria. Betancourt no logra consolidar el proyecto democrático y, contrariamente, se interna cada vez más en una zona de riesgos e inestabilidad. Su base

de sustentación se debilitaba aceleradamente. Ya URD se había retirado del Pacto de Puntofijo a mediados de 1960, en desacuerdo con la posición de Betancourt con relación a Cuba en la Conferencia de Cancilleres de la OEA, celebrada en San José de Costa Rica. Antes que naufragase el intento democrático, los comunistas se consideraban en condiciones de cumplir un papel decisivo en la crisis, tanto desde el punto de vista militar como en su capacidad de movilización de masas. Además, existía un milagroso estímulo externo: la onda expansiva de la Revolución Cubana.

El 26 de junio se produce un nuevo alzamiento en el cuartel Pedro María Freites de Barcelona, donde se registran diecisiete muertes. Al frente de la sublevación está el grupo golpista reincidente de los años 58, 59 y 60. A comienzos de 1962, AD sufre otro golpe noble: el grupo ARS se separa del partido y constituye AD-Oposición que controla la mayoría del Congreso Nacional y las Asambleas Legislativas. Todavía se discute si el hecho estaba vinculado a un plan para derrocar a Betancourt y abrirle espacio a una junta cívico-militar que buscase un mayor consenso político.

LA INSURRECCIÓN ARMADA

En la práctica se decreta la lucha armada. El Ministro de la Defensa, General Antonio Briceño Linares, declara ante la Cámara de Diputados: “Estamos en una guerra de carácter revolucionario”. En el lapso de un mes ocurren dos hechos fundamentales para la suerte de la propuesta del PCV ya compartida por el MIR. El 4 de mayo de 1962 estalla la sublevación de la Infantería de Marina de Carúpano. Hay cuatrocientos detenidos entre militares y civiles, entre ellos los dirigentes comunistas Eloy Torres, José Vicente Abreu, Pedro Duno, Víctor Manuel Pérez, y los oficiales Teodoro Molina Villegas, Pedro Vegas Castejón, Omar Echeverría, Héctor Fleming

Mendoza y Octavio Acosta Bello, como también el dirigente del MIR Simón Sáez Mérida. El 2 de junio ocurre “El Porteñazo”, repitiéndose en mayor escala la sublevación de Carúpano. La base naval de Puerto Cabello es tomada por el Capitán de corbeta Pedro Medina Silva y los capitanes de navío Víctor y Morales y Manuel Ponte Rodríguez. Participan los civiles Germán Lairé (PCV), Raúl Lugo Rojas (MIR) y los independientes Manuel Quijada y Gastón Carvallo. Es la operación más sangrienta y prolongada que se registra en la historia militar de esos años. Cálculos conservadores estiman las víctimas entre cuatrocientas y setecientas, y se producen más de mil detenciones entre infantes de marina y civiles.

En la medida en que el PCV y el MIR, embarcados plenamente en la línea subversiva, junto con un sector de URD integrado por Fabricio Ojeda, José Herrera Oropeza, Horacio Scott Power y Víctor José Ochoa persisten en esta política, los resultados se revelan contraproducentes. Los alzamientos de las dos bases navales prácticamente liquidaron el activo militar organizado durante años. Las guerrillas en Falcón, Lara y Portuguesa, desde 1961, operaban esporádicamente, pero estaba claro que no habían logrado una implantación significativa en la población campesina. Los comandos urbanos que inicialmente demostraron eficacia operativa comienzan a acusar una desviación terrorista y en algunos casos abiertamente hamponil, lo que siembra pánico y desconcierto en las clases medias y provoca el rechazo de la ciudadanía.

Betancourt, frente al tablero de ajedrez, juega a la paz, a la unidad de la mayoría de los venezolanos ante el riesgo de la violencia; privilegia el apoyo de Copei como interlocutor fundamental, y negocia con los grupos empresariales y el movimiento sindical. Al mismo tiempo, la injerencia castrista comienza a ser rechazada por la población y ello refuerza además el apoyo de las fuerzas armadas a un gobierno que requería demasiado de aquel. El eslogan “Venezolanos siempre. Comunistas nunca” satura la radio, la prensa

y la televisión. Se produce la primera división en el seno del MIR. Domingo Alberto Rangel, Jesús María Casal, Jesús Villavicencio, Argenis Gómez y Raúl Lugo Rojas plantean el deslinde con la línea guerrillera. En el diario *Clarín*, José Vicente Rangel escribe un artículo titulado “Es hora de rectificar”. Al día siguiente, aparece la respuesta de Américo Martín: “¿Rectificar para qué?”. En el seno del PCV, Gustavo Machado, Jesús Farías y, en una posición más frontal, Pedro Ortega Díaz, critican la orientación impuesta por la mayoría de la dirigencia, controlada por Pompeyo Márquez, Guillermo García Ponce y la Juventud Comunista, cuya influencia crecía en las decisiones del partido, en la medida que las universidades y liceos se convertían en escenarios privilegiados de la resistencia. En el plano internacional, la propuesta de John F. Kennedy de la alianza para el progreso y su política de apoyo a las nacientes democracias, invierte el mapa geopolítico de América Latina. En esta tarea, la terca actitud de Betancourt de condena a los gobiernos no elegidos por el voto popular cobra una fuerza irreversible. En la misma proporción que se fortalecen los regímenes democráticos, la Revolución cubana se debilita y, después de la crisis de los misiles, se aísla e inevitablemente se desliza hacia la órbita soviética. El caso venezolano resultaba curioso. Los dirigentes que conducían la línea insurreccional, en gran medida eran los mismos que dirigieron la fase final de la lucha antiperezjimenista. Habían renunciado al uso de la violencia contra una dictadura brutal por considerar que era un método inconveniente, pero ahora tiraban todos los dados sobre la mesa apostando a una insurrección contra una democracia que había nacido dos años antes y que mantenía intactas todas sus potencialidades. Rodolfo José Cárdenas analiza la situación de esta manera: “La revolución guerrillera en Cuba era un imán en América Latina. Aquella efusión de admiraciones volvió acrílicos a muchos y les descaminó el juicio a otros, entre ellos a los comunistas y mirones venezolanos. Sin analizar en profundidad que las condiciones

cubanas que facilitaron el triunfo de Fidel eran totalmente distintas a las venezolanas, se convirtieron en títeres captados por la onda guerrillera, a cuyo desvarío se entregaron con pasión de marionetas enloquecidas”. La convicción de la derrota introdujo además elementos de desconcierto que condujeron a costosos extravíos en la aplicación de la lucha armada, cuyo desguace dramático fue la masacre del tren de *El Encanto*.

Cárcel y memorias

El 28 de septiembre de 1963 ocurre el asalto al tren de *El Encanto* en Los Teques. Varios efectivos de la Guardia Nacional, sin posibilidad de defenderse, son ejecutados. El hecho produce una profunda indignación nacional y revela la desviación militarista de la conducción de las FALN. Machado condena públicamente el atentado. Sin embargo, el ataque sirvió como fácil pretexto al gobierno para adelantar la liquidación de la inmunidad de los parlamentarios de PCV y el MIR. El 30 se produce el allanamiento de las residencias de Gustavo Machado, su hermano Eduardo y de Jesús Farías. Los tres son conducidos al Cuartel San Carlos. Se inician cinco años de prisión para el terco luchador revolucionario. Si bien Machado se había opuesto a la estrategia de la lucha armada, no por ello dejó de obedecer la disciplina partidista. Días antes, a través de la emisora *Onda de los Médanos* en Coro, recordó sus días como guerrillero en la serranía falconiana y envió un mensaje de solidaridad a Douglas, comandante del frente “José Leonardo Chirinos”. La emisora fue clausurada por varios días. Esta habría de ser una conducta invariable en su carrera política. Mucho pesaban en él las enseñanzas de París, La Habana, México y sus vinculaciones afectivas con los dirigentes del PCUS y del comunismo latinoamericano. Junto a su admiración por el cubano Mella, el chileno Corvalán y el francés Marchais. Destacaba su aprecio por “el camarada Suslov, que es una de las mentes marxistas más lúcidas que existen en el mundo”. Se trataba de un rasgo poco común en un dirigente marcado por el dogma estalinista que, pese a ello, mantuvo inalterable un comportamiento comprensivo y tolerante frente a sus adversarios.

El PCV y el MIR definen la línea de abstención en las elecciones de diciembre de ese año. Las divisiones de Acción Democrática (el

MIR y el grupo ARS, después AD-Oposición) debilitaron sensiblemente al partido de gobierno. Los adecos concurren a la consulta con la candidatura de Raúl Leoni. Copei repite la carta de Caldera. Jovito Villalba se postula, convencido de que además de la fuerza acumulada por URD en las elecciones de 1958 con la candidatura de Larrazábal, su nombre representaba en esa coyuntura una posibilidad para sectores de la izquierda que discrepaban de la estrategia insurreccional, para la centroizquierda y los remanentes del medinismo. Tocado nuevamente por su mala estrella, Villalba habría de sufrir una temprana decepción con el lanzamiento de la candidatura de Arturo Úslar Pietri, que despertó particular entusiasmo entre los sectores que cinco años antes se habían inclinado por la propuesta urredista. Larrazábal presentó su nombre de la mano de Jorge Dáger, fundador del FDP, lo cual contribuyó a fracturar la votación eventualmente villalbista. La izquierda insurreccional persistía en la táctica de boicotear el proceso electoral. Para ello armaba un cuidadoso plan “B” que sufrió un irreparable descalabro cuando en noviembre, en la playa de Macama, en la Península de Paraguaná, fue localizado un bote y un lote de armas compuesto por cañones sin retroceso, lanzacohetes, morteros livianos, fusiles automáticos ligeros, subametralladoras, granadas y municiones con explosivos y detonantes. Las armas, capturadas en la invasión antifidelista de Bahía de Cochinos en 1961 fueron enviadas por Fidel Castro para la activación de la “Operación Caracas”, un plan militar en vasta escala que coincidiría con el día de los comicios. Sin embargo, las votaciones se desarrollaron sin mayores inconvenientes. Leoni resultó electo, lo que significaba la prolongación sin variantes sustanciales de la política ejecutada durante cinco años por Betancourt.

La prisión para Machado a los sesenta y cinco años de edad no representó de ninguna manera el reposo del guerrero. Lee con avidez, profundiza en el estudio de los problemas nacionales y desde la cárcel su estoicismo y espíritu alegre constituyen un estímulo

para sus camaradas en la clandestinidad, la guerrilla y las prisiones. Refresca sus lecciones de derecho de La Sorbona y prepara su defensa que luego es publicada como libro bajo el título *El camino del honor*. Las circunstancias de su prisión convocan la reacción de los medios políticos e intelectuales por encima de fronteras ideológicas. El 14 de mayo de 1964, cuando se recuerdan cincuenta años de su estreno en las cárceles bajo la tiranía de Gómez, su esposa, Elsa Vera Fortique, dirige una carta al Presidente Leoni en la cual denuncia las irregularidades del juicio y lo emplaza con las siguientes palabras: “solo pido justicia, de la misma por la que su generación luchó el 28, el 36, el 48 y que tanto ayer como hoy seguimos esperando los que no perdimos el camino. No temo el fallo, y puede estar seguro que la solución de este problema de índole nacional, involucra personalmente para mí matices muy hondos y diversos, entre ellos, el de no recordarlo en el futuro como el carcelero de mi marido; sin embargo, tal parece que no me dejará usted otra alternativa”.

Machado comienza a escribir sus memorias. En la revista *Élite*, Eleazar Díaz Rangel (su compañero de prisión), con el seudónimo de Dámaso Rojas, cuenta la manera de cómo Machado tiene pensado lo que, sin duda, serían los más importantes testimonios de la historia contemporánea. En una conversación con el periodista en la “cueva del humo” del Cuartel San Carlos, Machado explica: “es un relato de episodios y experiencias que obligatoriamente han de tener un orden cronológico y una serie de pequeñas historias que pueden ilustrar algunos aspectos determinados acontecimientos aún oscuros. El libro, naturalmente, tendrá opiniones y recuerdos personales. Que los historiadores no se alarmen... no escribo ni memoria, ni historia. Es apenas una modesta contribución a la problemática nacional, como se estila decir ahora”. Sin abandonar su buen sentido del humor, añadía: “eso sí, quiero que quede muy claro que no se trata de mis memorias. Las ‘memorias’ las escriben quienes ya se sienten viejos y quieren que ese sea el último acto de

una vida militante. A mí me queda mucho camino por recorrer, y tengo la confianza, más que confianza, la certeza, de seguir echando vaina...”.

Díaz Rangel detalla las cuatro partes del libro. La primera es un panorama de la vida política de los últimos años que comienza con su prisión en el San Carlos y en la cual juzga sin piedad al gobierno de Betancourt. La segunda, “Ocaso del caudillismo”, que es en verdad el inicio del ejercicio retrospectivo, con episodios de la infancia, la adolescencia, la prisión en La Rotunda y la época como pelotero. La tercera, “La rebelión de los pueblos”, resume diez años de destierro y las andanzas en Nueva York, París, La Habana, México, Moscú, Nicaragua, hasta el asalto a Curazao. La última, cubre quizás la etapa menos conocida de su trayectoria, que va del 29 hasta el 41, cuando el Congreso Nacional elige Presidente constitucional al General Isaías Medina Angarita. Machado se apoya en una variada bibliografía: *Campaña del General Horacio Ducharne*, de Alejandro Rescaniere; *La dictadura perpetua de Gómez y sus adversarios*, de Jorge Luciani; *El peligro de la intervención en Venezuela*, del Dr. Pedro Jugo Delgado; *Labor venezolanista*, de Alberto Adriani; *Origen del capital norteamericano en Venezuela*, de O. E. Thurber; *Victoria, dolor y tragedia*, elaborado por Diego Carbonell, firmado por Rafael Simón Urbina y editado por el general López Contreras; *Memorias de un venezolano de la decadencia*, de Pocaterra; *Sandino, General de hombres libres*, de Gregorio Selser; *Memoria y cuenta de la Generación del 28*, de Joaquín Gabaldón Márquez; *Ricardo Zuloaga*, por Juan Rohl; *Primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela*, de Eduardo Machado; y el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*.

Pese al interés de varios editores, las memorias de Machado nunca llegaron a la imprenta. Su revisión final estuvo a cargo de su compañero de celda Guillermo García Ponce, quien además había colaborado en la investigación. García Ponce se fugó en 1967 y los meses siguientes enfrentó la persecución de los cuerpos policiales.

Cuando tiempo después, los escritos fueron rescatados para una muestra itinerante del PCV en homenaje a Machado. Se produjo el allanamiento del apartamento donde se hacía el montaje de la exposición y estos se extraviaron definitivamente. El accidente privó a los venezolanos de una obra fundamental para profundizar en la historia del siglo XX y de una valiosa crónica de primera mano.

UN PRESO IRREDUCTIBLE

En diciembre de 1964 el Congreso Nacional aprueba la ley de conmutación de pena. Es el primer paso en el camino del restablecimiento de la paz política y un antecedente clave para la posterior oferta de pacificación de Rafael Caldera, a partir de 1969. Durante aquel quinquenio de Leoni se intensifica la represión contra los partidos clandestinos, las células urbanas y los núcleos guerrilleros. Se cierran periódicos, se abren juicios militares a periodistas y se comprueban torturas y asesinatos en los teatros de operaciones antiguerrilleros. Son constatadas por comisiones del Congreso Nacional aberrantes violaciones a los derechos humanos, entre ellas el asesinato del profesor Alberto Lovera, jefe militar del PCV, cuyo cadáver apareció en las playas de Lecherías en Anzoátegui con las huellas de la más criminal saña policíaca. A menos de un año de haber tomado posesión, Leoni abre una válvula de escape para distender la presión subversiva. Varios de los parlamentarios detenidos se avienen a la fórmula que consistía en permutar la prisión por el exilio. A Machado le es propuesto el mecanismo. Sin tiempo para pensarlo responde: "prefiero morirme del corazón en el Cuartel San Carlos que de una gripe en París". Su decisión fue que abandonaba la cárcel cuando saliera el último de los presos.

En abril de 1965, el VII Pleno del Comité Central del Partido Comunista adopta la línea de "paz democrática" alentada desde el

semanario *Qué Pasa* y el diario *Extra*, y en la prensa clandestina por Carlos Valencia, seudónimo de Pompeyo Márquez. En septiembre salen del San Carlos dos documentos que permiten establecer diferencias que se agudizarían con el tiempo pero que al final desembocan en la misma posición: “el repliegue”. Lo que no era otra cosa que la confesión del fracaso de la lucha armada. El primero es firmado por Machado, su hermano Eduardo y Guillermo García Ponce, y el segundo por Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Freddy Muñoz, quienes en los años setenta conformarían la tríada dirigente del MAS. Esta posición implicó la ruptura final con el régimen cubano y también inevitablemente la escisión del Partido Comunista entre pacifistas y guerrilleros. Douglas Bravo responde con el “Manifiesto de Iracara” desde la Sierra de Coro, que cuenta con el aval de La Habana (Castro insistía en su estrategia continental, incluso con la oposición de la Unión Soviética) para intensificar las operaciones de los destacamentos guerrilleros. El MIR suscribe y acentúa la política de la guerra. En febrero del año siguiente, en los días de carnaval, sus compañeros de prisión, García Ponce, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, se fugan espectacularmente a través de un túnel, cuya construcción demandó tanta paciencia como riesgos bajo las órdenes de Antonio José Urbina, jefe de la Juventud Comunista. Machado prepara y presenta su defensa ante el Consejo de Guerra, que resume las violaciones e irregularidades que rodearon su detención y enjuiciamiento. Se activa la campaña de los intelectuales venezolanos y extranjeros para solicitar su libertad. El partido decide participar en las elecciones de 1968 y crea Unión Para Avanzar (UPA) como fachada legal. La organización la preside Ernesto Silva Tellería.

Parlamentarios del FDP, PRIN, URD, FND, COPEI, MDI, VPN; columnistas como Luis Esteban Rey, Abelardo Raidi, Franklin White, Alfredo Tarre Murzi; escritores como Rómulo Gallegos, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Orlando Araujo, entre

otros, se dirigen al Presidente Leoni solicitando el sobreseimiento de la causa. El 18 marzo del 68 un comité integrado por Joaquín Gabaldón Márquez, Miguel Zúñiga Cisneros, Martín Vegas, Miguel Otero Silva y José Agustín Catalá solicitan audiencia al mandatario para pedir nuevamente la libertad de Machado. El preso estaba próximo a cumplir los setenta años. Gabaldón Márquez hace una emotiva exposición. Leoni permanece en silencio. Sonríe y de inmediato interrumpe a Gabaldón diciendo: “vayan a saludar a Gustavo, ya está en su casa”.

RETORNO AL CONGRESO

Su camarada de toda la vida, Eduardo Gallegos Mancera, escribió para *Documentos Políticos* un testimonio sobre el regreso de Machado al hogar: “A las siete de la noche de hoy (el redactor habla con Gustavo al filo de la medianoche, en su casa, entre familiares, amigos, admiradores), el General Díaz Paredes, Comandante de la Guarnición de Caracas, y el Director de Política del MRI, Doctor Faustino Pulgar Grúber, me comunicaron la noticia en mi celda del Cuartel. Ya me hallaba en pijamas cuando me lo dijeron. Me trajeron directamente a casa, razón por la cual ni pude expresar mi gratitud a la Asociación Venezolana de Periodistas, institución en la que milito y la que tanto hizo por mi libertad”.

Machado, como siempre, no vacila: “Mi prisión fue un atraco a mano armada. Así la de los demás parlamentarios. Fueron ocupados violentamente nuestros hogares por decenas de esbirros armados hasta los dientes. Esto ocurrió el 30 de septiembre, cuando estábamos en ejercicio de la soberanía popular, que representábamos en el Congreso de la República. Fue violado impudicamente, impunemente y arbitrariamente el fuero parlamentario. Solo cuatro días

más tarde fue dictado un ‘auto de detención’. Luego vino la farsa del proceso, que se prolongó hasta esta noche”.

Machado se integra a la campaña de UPA, que se orienta a obtener representación legislativa. El voto presidencial de los comunistas drena masivamente hacia la candidatura de Luis Beltrán Prieto Figueroa a través de la tarjeta del MEP y, en menor medida, del PRIN, una confluencia de AD-Oposición, el MIR de Domingo Alberto Rangel y la disidencia urredista de Luis Miquilena y José Vicente Rangel. Machado es electo diputado y de esta manera regresa por mandato del voto popular al Congreso Nacional.

Crítico y autocrítico

En 1973 viaja nuevamente a la Unión Soviética. Recibe honores como Jefe de Estado. Está próximo a cumplir los setenta y cinco años. En el programa de su visita pide que se incluya un viaje a la región de Armenia. La petición le es concedida, lo cual no era común. Es objeto de especiales atenciones. En un *koljose* le es ofrecido un almuerzo que después recordaría como uno de los más pródigos de su vida. Allí pudo palpar las diferencias entre la población armenia y las naciones eslavas. Ocho años antes, los armenios del Alto Karabaj habían reclamado violentamente la devolución de las tierras. Para la jerarquía soviética se trataba de una región sometida por potenciales convulsiones. Tanto es así que en 1988, a raíz de la reforma iniciada por Gorbachov, los armenios de Nagorni Karabaj (80% de la población) decidieron unirse con Armenia. Moscú reaccionó furiosamente y las tropas soviéticas reprimen sin contemplaciones a manifestantes en Ereván y Stepanakert.

En Leningrado fue homenajeado con un desayuno por las autoridades de la ciudad. El secretario del PCUS, un burócrata de mediana edad, acostumbrado a repetir un discurso histórico-turístico a los invitados, abrumó a Machado con datos, detalles geográficos y comentarios de todo tipo. En cierto momento, le preguntó: “Camarada, ¿es la primera vez que usted viene a Leningrado?”. Machado le respondió: “La primera vez vine en 1927 y justamente allí, en esa plaza, presencié una multitud que oía un discurso del camarada Trotsky”. El funcionario enmudeció y dio por terminada la comida.

Machado resentía en ese momento dos acontecimientos, la división del partido en 1971, que dio nacimiento al MAS, y el manejo que se hizo de su postulación como candidato en el esfuerzo unitario

de la Nueva Fuerza, promovido inicialmente por URD, el MEP y el PCV, el cual abandonó Villalba y que concluyó con la escogencia del líder mepista José Ángel Paz Galarraga como candidato presidencial. En el caso del MAS, más que por la disidencia de los jóvenes Teodoro Petkoff, Freddy Muñoz, Germán Lairer y Alfredo Maneiro, le afectaba la separación de parte del núcleo histórico: Pompeyo Márquez, Eloy Torres, Argelia Laya y Carlos Arturo Pardo. Sostenía que esa división, más que ideológica, había sido provocada por los disidentes para no afrontar un necesario debate autocrítico sobre el fracaso de la línea insurreccional. Veía en el manejo de su candidatura en la Nueva Fuerza la creación de un grupo fraccionalista que actuaba en una sospechosa alianza con Copei. Al año siguiente se desprendería ese sector dirigido por su hermano Eduardo y Guillermo García Ponce para conformar Vanguardia Comunista.

Alicia Freilich de Segal, en su libro *La Venedemocracia*, en 1978, dialoga largamente con Machado. Había sido nombrado Presidente del PCV. Tiene setenta y nueve años y se ha colocado más allá de la confrontación política cotidiana. Sus luchas son reconocidas por venezolanos de todas las banderías y de la más diversa condición social. Habla de manera reflexiva pero también crítica. Estas fueron algunas de las preguntas de la periodista y sus respuestas:

¿Qué pasó Dr. Machado, fue acaso la infantil fiebre del fidelismo la causa de la conducta subversiva del PCV?

Evidentemente. Hubo precipitación, inmadurez política. Cada uno se creyó Fidel Castro y vinieron las disensiones internas como la de Douglas Bravo. Pero el más ambicioso de todos era Pompeyo Márquez. Porque él se consideraba ya dueño del partido. Cuando yo planteaba mis tesis me quedaba casi solo y no encontraba apoyo contra la locura esa de la guerra por la guerra, la guerra total y prolongada, imitadora del Vietnam. Figúrese eso, aquello bombardeado por norteamericanos. Lo nuestro era distinto. Había aquí

un gobierno venezolano, con mayoría electoral y con respaldo de todos los sectores.

Las elecciones del 73 revelan que de 4.375.269 válidos solo 30.200 personas están convencidas de que el comunismo, el partido del gallo rojo, es un compromiso bueno para Venezuela. ¿No resulta muy deprimente esto después de 40 años de existencia partidista?

No. El fracaso nuestro en el 73 no hay que apuntárselo ni a la idea ni al programa, sino al grupo de gente que ya no está en el PCV y que sí estaban entonces al frente del partido durante aquella campaña electoral. Son Guillermo García Ponce y compañía. Ellos pactaron con Copei en esas elecciones porque su comunismo es superficial. Su único objetivo era derrocar a Carlos Andrés Pérez, cuyo triunfo consideraron un pinochetazo en Venezuela. Eso no es comunismo, sino oportunismo. Adueñarse de una dirección para ponerla al servicio de Copei.

¿Allí incluye a su hermano Eduardo?

Sí. Eduardo está del otro lado, en Vanguardia. Yo he declarado sobre eso que él es mi exhermano. Sí, porque mis otros hermanos son muy burgueses y no tengo por qué decirles ex. Pero este, además de hermano de carne y sangre lo fue de cárcel y destierro. Ahora los García Ponce se lo llevan, engañado. Y lo nombran presidente de ese grupito absurdo que se legalizó en el Delta Amacuro con firmas copeyanas. Bueno, yo nunca he ejercido prepotencia en el partido. Eso es falso. He sido más bien un discrepante. En relación con el concepto general de la lucha armada, siempre estuve en contra.

¿Por qué no se dividió el PCV allá precisamente en los años sesenta y, por el contrario, ofrecieron la imagen de un partido compacto que aupaba la insurrección?

Mucha gente me reclama eso. Sobre todo porque yo pasé cinco años preso en el Cuartel San Carlos, desde el 63 al 68, por esa causa que no compartía.

¿Qué pasó con su heredada fortuna personal?

Todo eso se fue en los largos destierros. He vivido de mi sueldo como funcionario del partido. Mi salario de diputado lo recibe el partido y este me regresa una pequeña parte que a veces ni me alcanza.

El hijo predilecto

Machado muere el 17 de julio de 1983 a las once de la noche en la clínica Santa Sofía de Caracas. Durante la gravedad, recibe el testimonio y el reconocimiento de venezolanos de todas las tendencias políticas y rangos sociales. Jesús Sanoja, su biógrafo y amigo, escribe: “las últimas horas de Gustavo Machado estuvieron marcadas por el esfuerzo físico y mental de no morir antes del 19 de julio de 1983. Poco le faltó para que el azar lo complaciera, pues el final inevitable sobrevino dos días antes, el 17 de julio. El 19 tenía para él un significado profundo y postrero: cumpliría él entonces 85 años, y cuatro del triunfo de la revolución sandinista, a la que sirvió en dos etapas. La de la resistencia heroica en Las Segovias y la de la expulsión del dictador Somoza”. Atento a sus dolencias estuvo, como siempre, su camarada y médico Eduardo Gallegos Mancera. Horas antes de morir recibió la cita de otro compañero de luchas y convicciones, Miguel Otero Silva, Machado alcanzó a decirle: “Miguelón: llegaste en la raya”. El padre José Del Rey no llegó a tiempo para impartirle los santos óleos solicitados por algunos familiares. El Presidente de la República, Luis Herrera Campíns, su gabinete, los máximos dirigentes de los partidos políticos y empresarios, gente de todas las clases sociales, se hicieron presentes en el acto velatorio. Una característica de su agitada vida, reconocida por amigos y adversarios, fue la cordialidad y tolerancia personal aún en las circunstancias más críticas de sus combates. Moría el “hijo predilecto de la revolución venezolana”, como lo calificaría Orlando Araujo. Mario Villegas hizo la crónica de las exequias en el diario *El Nacional* de la siguiente manera: “mientras la urna era sacada del Congreso, los presentes cantaron el Himno Nacional. Luego gritaron la consigna: “Gustavo, presente y siempre consecuente”. También fue cantado el himno

“Bella ciao” y resonaba con fuerza el estribillo: ‘Soy comunista toda la vida y comunista he de morir’.

Bibliografía

- Azpúrua E., Miguel. *El último General. Vida y obra revolucionaria del Dr. Gustavo Machado M.* Ediciones de la Asamblea Nacional: 1999.
- Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo.* Monte Ávila Editores. Caracas: 1986.
- Caballero, Manuel. *Gómez, el tirano liberal.* Monte Ávila Editores. Caracas: 1993.
- Caldera, Rafael. *Los causahabientes. De Carabobo a Puntofijo.* Editorial Panapo. Caracas: 1999.
- Cárdenas, Rodolfo José. *La República Civil. "Cuarta República": 1958-1998.* Catalá Ediciones: 2000.
- Freilich de Segal, Alicia. *La venedemocracia.* Monte Ávila Editores. Caracas: 1977.
- Fuenmayor, Juan Bautista. *Historia de la Venezuela política contemporánea: 1899-1969.* Tomo I. Segunda Edición. Editorial del Autor. Caracas: 1978.
- *Historia de la Venezuela política contemporánea: 1899-1969.* Tomo II. Editorial del Autor. Caracas: 1979.
- *Historia de la Venezuela política contemporánea: 1899-1969.* Tomo IV. Editorial del Autor. Caracas: 1978.
- Fuentes, Norberto. *La autobiografía de Fidel Castro. El paraíso de los otros.* Destino: 2004.
- García de La Concha, José. *Reminiscencias. Vida y costumbre de la Caracas.* Ernesto Armitano Editor, Caracas: 1973.
- Gómez Carlos Alarico. *El origen del Estado Democrático en Venezuela: 1941-1948.* Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. No. 180. Caracas: 2004.

- López Maya, Margarita. *Rómulo Betancourt. Antología política: 1948-1952*. Vol. V. Fundación Rómulo Betancourt. Caracas, 2003.
- Márquez, Pompeyo. "La vigencia del PCV no está en discusión". Ediciones Documentos Políticos. Universidad de California: 1967.
- Noticias de Venezuela. Prensa de los venezolanos en el exilio México 1951-1956*. Facsímil del órgano de los desterrados venezolanos del Partido Comunista en México. Ediciones Conmemorativas del XXI Aniversario del 23 de Enero de 1958. José Agustín Catalá, editor. Ediciones Centauro. Caracas: 1983.
- Pimentel, Cecilia. *Bajo la tiranía (1919-1935)*. La Bodoniana C. A.: 1970.
- Pocaterra, José Rafael. *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Tomos I y II. Monte Ávila Editores. Caracas: 1979.
- Quero de Trinca, Mirela. *Rómulo Betancourt. Antología política: 1953-1958*. Vol. VI. Fundación Rómulo Betancourt. Caracas: 2004.
- . *Rafael de Nogales Méndez*. Caracas, Biblioteca Biográfica Venezolana: 2005.
- Rangel, Domingo Alberto. *Gustavo Machado. Un caudillo prestado al comunismo*. José Agustín Catalá, editor. Ediciones Centauro. Caracas: 2001.
- Reyes, Vitelio. *Juan Vicente Gómez A 50 años de su muerte: 1935-1985*. Editorial Logos, C.A.: 1985.
- Rodríguez, Albor (Comp.). *Golpes de Estado en la Venezuela de 1945-1992*. Los Libros de *El Nacional*. Colección Aries. Caracas: 2001.
- Rodríguez Gallad, Irene (Comp.). *El archivo de Salvador de la Plaza*. Tomo I. José Agustín Catalá, editor. Centauro/ FUNRES. Caracas: 1992.
- Rodríguez, Manuel Alfredo. *Tres décadas caraqueñas: 1935-1966*. Editorial Fuentes. Caracas: 2004.

- Sáez Mérida, Simón. *La dictadura perezjimenista (cara y cruz)*. Fondo Editorial Al Margen. Caracas: 2004.
- Salas Izaguirre, Félix Efraín (Cnel. (Ej)). *Las Fuerzas Armadas de Venezuela desde el Capitán de Fragata Lino Clemente hasta el Teniente Coronel Hugo Chávez Frías*: 2004.
- Sánchez García, Antonio. *Dictadura o democracia. Venezuela en la encrucijada*. Editorial Altazor. Caracas: 2003.
- Thomas, Hugh. *Cuba: La lucha por la libertad*. Debate: 2004.
- Torres Molina, Bhillá. *Rafael Simón. Tremendo guerrillero*. Talleres Gráficos. Caracas: 1973.
- Vallenilla Lanz, Laureano. *Escrito de memoria*. Editorial Mazatlán. Universidad de Texas: 1961.
- Varios autores. *Gustavo Machado. De oligarca a comunista*. Vol. I y II. Caracas. Ediciones Centauro: 1975.
- Varios autores. *Gustavo Machado. Caballero de la Revolución*. José Agustín Catalá, editor. Caracas, Ediciones Centauro: 1985.

Gustavo Machado 1898 - 1983
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
octubre de 2023





GUSTAVO MACHADO (Caracas, 1898-1983)

Abogado y dirigente político venezolano. Tras involucrarse en la conspiración del capitán Luis R. Pimentel, en 1920, huye a Curazao. Cursa estudios humanísticos en EE. UU. Participa en la fundación del Partido Comunista Francés (1920) y allí, en La Sorbona, se gradúa en Derecho; también es cofundador del Partido Comunista Cubano (1925) y desde allí colabora con el periódico Venezuela Libre y se une a la Liga Antiimperialista de las Américas. Desde México, en 1927, funda el Partido Revolucionario Venezolano (PRV), antecedente del PCV, y colabora con su órgano de prensa *Libertad*. En 1929 participa en la incursión a Venezuela, por La Vela de Coro, para derrocar a Gómez, de cuyo fracaso surgiría en él una postura autocrítica y en contra de la violencia armada. En amistad con J. Eliécer Gaitán, en Colombia, preparará el Primer Manifiesto del PCV en 1931. Con la legalización del PCV, fue candidato a la Asamblea Nacional Constituyente en 1947. Creó y fue director del diario del partido *Tribuna Popular*. Detenido y expulsado a México en 1950, milita como vocero de *Noticias de Venezuela* a favor de los presos políticos adecos y comunistas. Cae Pérez Jiménez y, si bien se legaliza de nuevo el PCV, Machado es encerrado en el Cuartel San Carlos (1963 a 1968) por Rómulo Betancourt; de este último período de prisión, sus memorias no fueron publicadas y desaparecieron. Desde 1968 fue diputado al Congreso y presidente del PCV desde 1971 a 1983, habiendo recibido el grado Honoris Causa por la Universidad de Los Andes.

MANUEL FELIPE SIERRA

Periodista y corresponsal internacional de amplia trayectoria.

Exdirector del *Diario de Caracas*, de la revista económica *Número* y de *Venprés*. Fue miembro del semanario *Quinto Día* y de la sección 2+1 en *Así es la Noticia*. Entre sus publicaciones: *Los hilos del poder* (1986); *Marcos Pérez Jiménez* (2010); *Fábulas de carne y hueso* (2011); *El poder no es para idiota* (2018). Recibe el Premio Nacional de Periodismo por la revista de análisis político *Viernes* (1987) y en mención Opinión, en el 2001. Colabora con varios semanarios. Es columnista del diario *El Nacional*, y en Circuito Radio Venezuela conduce los programas *Venezuela al Día* y *Análisis de Venezuela*.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONOMICA
CONTRA VENEZUELA

